REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 5 de Noviembre | Núm. 17

Año XIV. No. 609

SUMARIO

Waldo Frank y nosotros

= De *La Nación*, Buenos Aires =

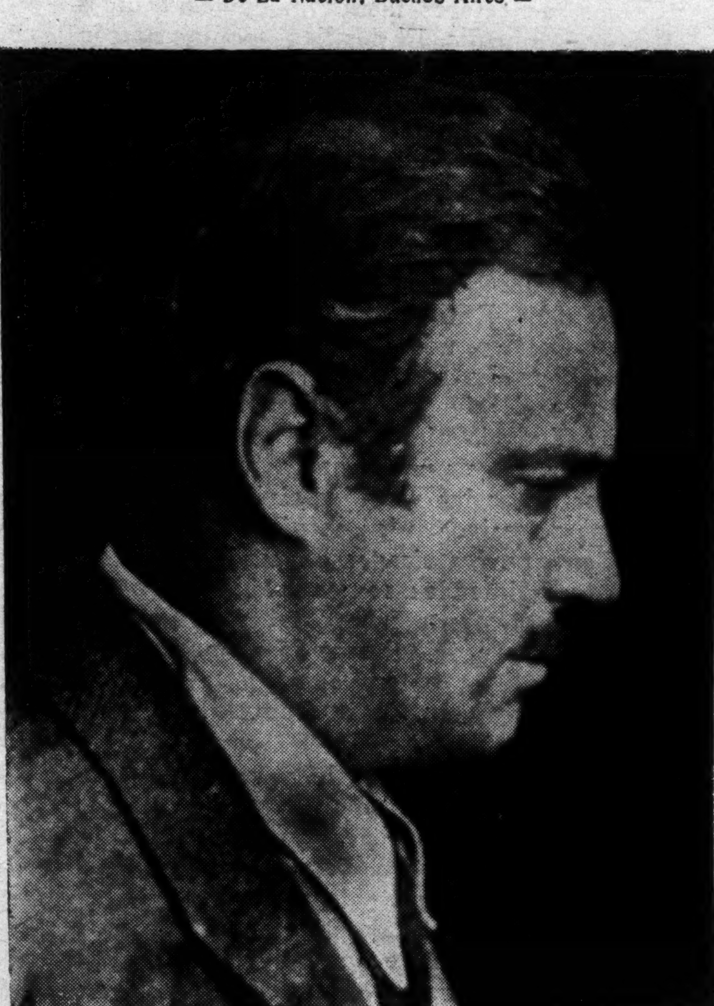
INSINUACIONES MALICIOSAS

En el último tiempo me he encontrado en la prensa nuestra ataques de fondo y malicias malas que trataban de Waldo Frank escritor o de Waldo Frank amigo de la América latina. El primero fué el artículo de un español, y de uno de los españoles más finos del tiempo, pero de los más enviciados en la salsa de la burla, que es una estragadora de la mente y de la escritura.

España es, según lo aseguran castellanos fundamentales, una obligación de entender y de respetar para cualquier conciencia contemporánea; según los extranjeros que le ven la dificultad de averiguarla, sería un mineral viejo y desconocido, en el que hay que morder con pico hasta que suelte su doctrina secreta (1); el europeo vulgar—y algunos no vulgares también—cree que puede muy bien saltarse su información, por cuanto el monolito secreto es sólo un viejo cachivache que no dará más que unos polvos medievales. Waldo Frank, escritor norteamericano, es decir, hombre el menos obligado del mundo a voltear y conocer en las secciones del cuerpo europeo, entendió esta obligación de saber y de contar España, "como un deber de hombre". El libro "España virgen" significa una fojeadura en extensión y en profundidad, una España recorrida y punzada en un ejercicio tenso del espíritu y de los sentidos, una marcha en el sol según los agrimensores y en la obscuridad según los mineros. Muchos españoles inteligentes le han celebrado y agradecido a Frank esta "España virgen" en cuanto a trabajo de interpretación laboriosa y feliz.

Recordando la hazaña del norteamericano, cumplida sobre el cuerpo y el alma españoles, el ataque leído nos pareció inusitado y un poco chocante.

(1) Jean Cassou, «Panorama de la Literatura Española»



Waldo Frank

El articulista sacaba su burla obligatoria más o menos de estas dos proposiciones: Waldo Frank es estimado en la América del Sur porque allá se dice que él arrastra mucha consideración en la América del Norte, y en los Estados Unidos se le considera porque se cree que su obra es muy admirada en los países latinos. Con lo cual quedaba establecido que Waldo Frank era un "camouflage" creado en el Norte con ayuda del Sur, y viceversa.

La verdad contiene algunos cominos de esta mentirijilla. Los Estados Unidos, país que no poseen cultura literaria sino en los núcleos aislados de unas "élites" que se están haciendo, hacia San Francisco, Nueva Orleans, Boston y Nueva York, llevan en el resto de su enorme cuerpo la grosura y la insipidez de los frutos demasiados grandes, papaya tropical o manzana de California... Frank es admiradísimo dentro de estos braseros activos de la cultura norteamericana; para el resto del país es fabulosamente ignorado, o, lo que es peor, pospuesto a los mercachifles de una literatura o sensacionalista o moralizante; solaz feo de contadores la una, ocurrencia boba de pastores la otra. Una de esas reputaciones de unanimidad, sospechosas en cualquier parte, pero especialmente en los Estados Unidos, hasta una nombradía un poco menor como la de Sinclair Lewis, nos haría poner en cuarentena a Waldo Frank; se vuelven muy sospechosas las pasiones literarias de una masa que todavía no estima lo bastante a Whitman y que necesita de un plazo astronómico para poseer en pleno a su Edgardo Poe.

En lo referente a la América del Sur, penoso es decirlo, pero necesario; el Waldo Frank nuestro es el de la capa menos representativa de su obra, el de las conferencias un poco sociológigas, un tanto históricas y un mucho apostólicas, que el escritor norteamericano ha dictado en nuestras capitales. Estas disertaciones son cierta rebosadura entusiasta de su espíritu y no el verdadero sedimento de su personalidad, que se queda aconchado, menos extático y más precioso, en su obra literaria pura. Es el caso de haber tomado también esta vez el tronco por las ramas y habernos puesto a admirar a un escritor de primera fila entre los creadores contemporáneos por actividades generosas y sutiles, pero suplementarias; por sus solaces mejor que por sus trabajos.

Son muy pocos los que entre nosotros se conocen al novelista de "Día de fiesta" y de "Ciudad Block".

Queda contestada la interrogación maliciosa del español acerca de si Frank es estimado en el Norte o en el Sur: en

las dos partes, allá por lo mejor de su obra y por los mejores, aquí por lo adventicio de su labor, de la que nos beneficiamos.

RECELOS NUESTROS, EXIGENCIAS SUYAS

Ahora vienen las insinuaciones que casi resbalan a acusaciones de la quisquillosa gente nuestra. Waldo Frank sería un instrumento habilidoso del imperialismo norteamericano, y los potentados de Wall Street lo mirarían como a un provocador de ambiente favorable para la empresa invasora del Norte, a pesar de sus ataques al capitalismo norteamericano.

Leyendo esto, hemos pensado en muchas cosas que son bien amargas de mascar. Como el indio gobierna en un poco o en un mucho dentro de nosotros, mestizos sin confesión, pero mestizos al cabo, el atropello que hemos sufrido de los negociantes de Nueva York nos ha vuelto desconfiados de cualquiera que vista casimires norteamericanos; el recelo nos gana la naturaleza entera lo mismo que el curare la sangre, en momentos, y la cuchillada que recibimos de Pedro de Alvarado la devolvemos en el lomo del primer lascasista (1) que pasa por el camino. Es muy malo ser infeliz o haberlo sido; es muy malo cargar unas largas herencias bilaterales de persecución y de engaño; se estropea la confianza con la alegría y se malea muchas veces la bella cosa que se llama agradecimiento.

Waldo Frank no es bien mirado y menos bien querido de los ricos exportadores de su país, y esta redonda afirmación yo no la hago a tontas y a locas. Waldo Frank es un descontento del régimen de vida económico y social y de la concepción de la vida que se ha hecho su pueblo y que comienza a exhalarse de él hacia la América del Sur y hacia Europa.

Un solo bloque forman estas cosas: capitalismo, industrialismo, urbanismo exagerado, exceso de trabajo, ola de lujo y búsqueda de placeres estúpidos a causa del agotamiento de cada hombre y cada mujer; se toca a uno de estos botones de bronce y responde la máquina entera. Frank ha remecido fuertemente varias de estas columnas de la bóveda americana, y naturalmente, es visto como un enemigo de la colectividad. Aquellos buenos ciudadanos norteamericanos primarios y primarizantes carecen del hábito de crítica y detestan de un odio que también se conoce Sinclair Lewis al "apuntador" de algunos de sus vicios, que resultan ser bultos que ellos llaman virtudes.

Algunos sudamericanos que sin saberlo pertenecen también a la familia mirífica de aquellos norteamericanos aborrecedores del buen tachador, quieren que Waldo Frank nos encuentre la América del Sur óptima de frente, de espalda y de costado... Piensen un poco los nuestros que le piden mano de trapo en vez de mano de varón para tocarnos, piensen en el caso de este visitante.

(1) Las Casas.

El escritor norteamericano ha sacado a luz unos tatuajes de esclavitud en su nación, que es, con todo, una de las más libres entre las conocidas, y al mirar la América nuestra no puede perder sus ojos panorámicos y detallistas y volverse cegatón en beneficio nuestro. El ensayista norteamericano baja desde el país por excelencia dueño de sí mismo, administrador de su negocio, provocador y beneficiador de su prosperidad, y halla nuestras tierras y nuestras minas vendidas o regaladas al extranjero, cosa que tiene que repugnarle como a hombre libre. El moralista neoyorquino se ha criado en una sociedad solidaria para toda empresa de bienestar común, entre criaturas de una naturaleza aglutinante parecida a la de las gomas en las coníferas, y arriba a unas naciones pulverizadas como la arena de sus playas y que no se saben amasar a sí mismas ni en los menesteres fáciles ni en los trances de hambruna. El nos llega de una nación construída sobre bases erradas o lo que se quiera, pero "hecha" al cabo, y tanto que ya endereza delante de Europa una fábrica competidora, y se encuentra con unos países ambiciosos sin finalidad y violentos sin voluntad, de cuyos vagos orgullos y apetitos no se hace todavía un "querer" grande y una aspiración articulada. Entonces él, Waldo Frank, amigo nuestro, nos alaba lo que tenemos de alabar, que son unas virtudes personales, casi privadas, de emotividad rica, de inteligencia rápida y de hospitalidad hidalga, y se pone a enumerarnos lo que nos falta: las virtudes civiles, los decoros colectivos y los corajes de conjunto. Con grandes riesgos de perdernos, hace su reprimenda: somos vanidosos como un adolescente insoportable y hacemos una cólera de tal cuando no nos alaban la conducta entera como a la Victoria de Samotracia, de la frente al pie adelantado...

Para los pueblos, lo mismo que para el individuo, el amor riguroso resulta ser el único servicial y elegante, es decir, útil y estético, llamémoslo "el amor gracianesco", para darle sus dos puntas de inteligencia y de emotividad. El amor riguroso es el que exige conducta bella al que quiere y el que desea estimar fuertemente al que ama fuertemente. Es un amor bastante doloroso y arrastra un patético que no se ha dicho cabalmente en las literaturas. Así es y tiene que ser la pasión de los que aman a la América latina.

¿Por qué razón nos buscan los pocos extraños que se interesan en nosotros?

Primero como Chateaubriand o como Paul Morand, por la magia, mitad visible, mitad secreta, de nuestro paisaje. Tenemos una geografía óptima, y como eso al menos no lo hemos de perder, ella nos atraerá siempre, y cada día más, a las gentes extranjeras, sean ellas el fino o el palurdo, el emigrante o el viajero delicado.

Después de esa fascinación de la tierra como tamaño y como hermosura, viene la curiosidad natural por una raza de un complejo europeo-oriental, complejo odioso para los romanizantes a lo Massis, y embriagante para los seguidores de la aventura de las sangres cruzadas.

Finalmente, hay una serie de romanticismo a lo Michelet o a lo Briand hacia unas patrias en desventura pasajera, Polonias o Yugoeslavias desgarradas por pueblos de presa, y a esto debemos nuestros amigos políticos.

Los tres grupos de americanistas: el imaginero, el sentimental y el etnólogo, nos sirven como contadores mediocres o buenos del hecho nuestro y hacen volver hacia nuestras latitudes la cabeza pesada y de cuello tieso por sedentarismo o por soberbia de la Europa; los tres nos sirven: estos simples curiosos, o estos amigos pasados ya algunos a combatientes, comienzan a pedirnos algo más que un paisaje soberano y que unos conflictos convulsivos y semanales, para seguir estimándonos y para ir levantando el maderamen de nuestra defensa: capacidad en la política nos piden, consecuencia en los actos con los votos y la superación de nuestros antojos a voluntad adulta.

Como las familias en crisis, nosotros no estamos en trance de perder amigos, y especialmente de estropearnos a algunos de ellos, a este Waldo Frank, el primero que nos ha caído en suerte.

EL JUDIO

La explicación de que Waldo Frank sepa trinchar la América latina con exactitud y fineza en el hueso histórico y en la carne sensible, es la de ser un judío americano; por la misma causa supo hincar en España.

Es muy probable que nuestros intérpretes en los Estados Unidos vayan saliendo del italiano-americano, del franco-americano, del semita-americano, durante mucho tiempo, antes de que el americano sajón acierte a vernos el rostro verdadero, tomando la posición necesaria.

La América llamada "Española" es hoy por hoy y hasta nueva rectificación, más el substantivo fundamental que el adjetivo añadido, y esto para su mal o para su bien, como se quiera considerarlo. Ella contiene dos cuartos de substancia precolombina sobre uno de enjundia ibérica, que ha influído mucho por ser vigorosa, y sobre otro de limos cosmopolitas. La fórmula es terriblemente abigarrada, pero así sale de la averiguación y hay que aceptarla. La fracción española arrastraba tantos elementos orientales, que su disputa con las indígenas viene a ser un alboroto exagerado, si se consideran las numerosas coincidencias orientales de ambas, de las que no supieron aprovecharse los conquistadores.

Un judío es el relacionador natural de orientes y occidentes en cualquier campo, cultura o política o religión, y es el puente, si los hay, para las dos orillas enconadas.

Cuando algunos norteamericanos me han dicho que no es hombre válido para servir de intérprete a las Américas este "judío disociador como su raza", yo me he sonreído de que se sepan tan mal al judío estos bíblicos y de que nos sepan tan mal a nosotros, los cuasi orientales de sangre que respondemos muy fácil-

mente a una voz con dejos del Asia Ellos nos dicen, y nosotros también a veces "latinos". Pero cuando nos nombramos con esta certidumbre que sería ingenua, pensamos la ruta mediterránea con todas sus escalas: costa de Siria, costa egipcia, costa berebere, costa griega, costa romana. Las últimas escalas son las más próximas, pero las anteriores duraron mucho. Pensado el Mediterráneo, nos callamos, por ignorancia o por malicia, el otro mar y la otra ruta que se va aclarando más y más en las investigaciones: la de Behring, la de la "nao" de China, el Pacífico, que es más nuestro padre que el Atlántico...

¿Waldo Frank no es un norteamericano de carne sino de domicilio ocasional? Sería una ventaja preciosa entonces la de nuestra consanguineidad con él dentro de esa patria solar, que es más verdadera que las políticas, una seguridad de pulsos comunes. Pero no es un judío a secas Waldo Frank, y los norteamericanos llevan de mala fe esta discusión. Su país potente se devora las almas que le llegan de todas partes y su dinamismo arrebatado no consiente que ninguna de ellas, sea latina, sea asiática, se quede entera dentro de su marmita. Waldo Frank no puede ser un judío ciento por ciento; es a lo más un judío americano.

A los críticos nuestros que han remarcado también en Frank un concho norteamericano peligroso, hay que decirles que no le pidan lo que es feo de toda fealdad y que no querríamos para ninguno de nosotros: el renegamiento de su patria. Nunca desazonar al amigo exigiéndole que entregue toda su alma, que ya se tenía hecha antes de encontrarnos, y nunca afearle con una servidumbre la bonita altivez por la cual también le escogimos.

Gabriela Mistral

Nápoles, agosto de 1932.

De mi viaje aéreo a México

= *Envío del autor.* San José de Costa Rica =

La estación radiodifusora de México, **La voz de la América Latina**, me ofreció su micrófono por 15 minutos para que diera alguna impresión de nuestra visita a la gran ciudad. Esa es la reconstrucción que se hace ahora de las palabras que dije entonces frente al micrófono.—R. S.

Es una gloria para mí estar frente a este micrófono de la ciudad de México, Voz de la América Latina. Costa Rica quiere poner en este momento—por mi medio—más que su palabra de salutación a la nación mexicana, su mensaje de amor y su profunda admiración por este pueblo, el más grande de la tierra por la expresión firme de su nacionalidad. Vinimos los costarricenses, ahora, volando sobre sus altas serranías para sentir en su propio suelo el aliento de su Independencia, que es la de la América Hispana; y estamos asombrados, tenemos las pupilas y el alma llenas de la maravilla de esta cultura y de esta fuerza que nos hacen ver en la nación mexicana no sólo a la hermana mayor sino a la Patria que desenvuelve su destino y realiza su vida hacia una gran liberación racial.

Estamos emocionados profundamente frente a esta cultura autóctona; estamos emocionados como hombres de Hispanoamérica, de haber estado cerca de esta civilización única, impar; de haber conocido esta elevación del carácter, de la dignidad, de la gentileza, de la gallardía de los hijos de México.

Desde el gobierno hasta el pueblo; desde el Poder del Estado hasta la más humilde manifestación de su vida; desde la majestuosa cumbre de sus picachos, o desde la sobria elegancia de su arquitectura hasta el más pequeño detalle de su manifestación social, todo revela una fisonomía, un carácter, una unidad nacional que ponen en el viajero respeto y admiración, y sobre todo, encienden en el espíritu un gran anhelo de emulación, un deseo profundo de que todos los hombres de nuestro continente indohispano, vengan aquí para que beban en esta nación admirable, el impulso de su grandioso destino político y sea ella pauta de vida en Hispanoamérica!

Cupo a esta nación feliz que ahora nos alberga, la suerte incomparable de que a ella acudieran los mejores hombres de letras y los más admirables capitanes! Aún los religiosos que acompañaron a los conquistadores, fueron distinguidos y, en algunos casos, ejemplares por su devoción a la cultura. Así fué como estos mismos religiosos trajeron la imprenta a América y establecieron las primeras universidades. Es verdad que entonces se orientaban y querían orientar toda cosa bajo el poder del dogma; verdad es que el afán unilateral de su credo alzó entonces la bandera; pero es verdad que ya en 1539 se imprimía aquí el primer libro de Fray Juan de Sumárraga, primer obispo de México: "Breve y compendiosa Doctrina Cristiana en Lengua Mexicana y Castellana".

Y puede decirse que al darle la luz de la imprenta a una raza como ésta, ya se hacía imposible el reinado de ninguna tiniebla!

Todo lo que cabe dentro de la naturaleza lo puso Dios sobre la tierra de Anáhuac. Así se explica que en esta nación surgieran hombres de tan grandes lineamientos, desde la época precolombina hasta nuestros días.

¿Citaremos ya a Nezahualcoyotl, o a Cuauhtemoc, o a Juárez o a Madero?

¡Hados felices guiaron el primer impulso de su cultura!

Permitidme quienes me hacéis la honra de oirme, que como escritor costarricense, rinda un homenaje de simpatía a la poesía mexicana, que ha dado también en el mundo su nota grandiosa de belleza y de profundidad.

A México le toca la gloria de ser la madre de Juan Ruiz de Alarcón, a quien no sólo tuvo, sino a quien educó y moldeó para que fuera un digno representativo del Teatro en el Siglo de Oro Castellano. ¡Recordemos los nombres de aquellos gloriosos varones que vinieron a encender su espíritu en la belleza de este suelo: Mateo Alemán, Juan de la Cueva, Gutierre Cetina, Ojeda, Balbuena, Ercilla y el mismo Cervantes, el padre de Don Quijote, puso su anhelo en tener el gobierno de Soconusco!

Bien reconoce Menéndez Pelayo en su **Antología de Poetas Hispanoamericanos** que "es singular privilegio del suelo americano el que en él hayan sido compuestas las tres principales epopeyas del Siglo de Oro".

España ha de complacerse infinitamente con estas hijas suyas: les dió lo suyo, y ellas, en el ingerto glorioso, le dan honra en el fruto opimo.

¿Qué son, sino fruto de oro, joyel nutrido de toda pedrería, y del iris mismo, este centenar de nombres, desde Sor Juan Inés de la Cruz, la Décima Musa, hasta los últimos vástagos líricos?

Como en el regazo de la Gloria lucen los nombres de los Poetas que fueron una estrella Septicroma: Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Amado Nervo, Díaz Mirón—que están ya con los dioses—; Enrique González Martínez, Rafael López y Luis G. Urbina. Luego, una primavera de vates, cuya exaltación

aquí sería mezquino galardón, en el apresuramiento de estas palabras. ¿En qué orden van a ponerse esos nombres, si ellos todos son los aurigas de la Fama, en cuyo carro van hacia la aurora de la Belleza Eterna? Altamirano, Acuña, Flores, Peza, Campos, Delgado, Valenzuela, Zayas, Sierra, abren la marcha; y México se ufana al oír el nombre de sus otros hijos amados: Antonio Caso, Alfonso Reyes, Mediz Bolio, nuestro ministro querido—grande y noble espíritu, a quien recordará siempre mi patria—; Tablada, Núñez y Domínguez, Torri, Cabrera, Gravioto, producto exquisito, floración bellísima que ha encendido un nuevo espíritu en los hombres de ahora. Así lucen también las huellas de Icaza, de Dávalos, de Rebolledo, de Rosado Vega.

¡Es el arco iris mexicano, la Vía Láctea de su genio, que, por ser suyo, es original y bello como ninguno! Porque esta tierra predestinada ha tenido su perfil, su expresión propia, su creación salida de su cultura como su propio admirable carácter.

Es México—como decía Agustín Loera,—un territorio social y mental que va adquiriendo rasgos—que ha adquirido decimos nosotros—de severa personalidad, "algo como las huellas digitales de un dios primitivo que plasmara la conciencia de un pueblo sobre masas de diorita con transparencias de cristal de roca".

Tal fisonomía la pone de relieve la obra ingente, creadora de un espíritu y de una raza, de sus intelectuales; y es entonces necesario agregar otros nombres: López Velarde, Fernández Ledesma, González León y los novísimos Rafael Lozana, Gutiérrez Cruz, Monteverde, J. Rubén Romero, González de Mendoza, Frías, Ruiz Cabañas, Torres Bodet, Ortiz de Montellano...

Imposible recoger todos los nombres, y menos en esta ocasión darles el atributo lírico del caso.

El joyel nutrido ha encantado mil veces nuestro gusto, y en nuestras lecciones de Literatura de América en el Liceo de Costa Rica, hemos vaciado muchas veces la orfebrería de sus rimas. Aún los de la última góndola son conocidos, y por eso mismo, amados en mi Costa Rica: González Rojo, Salvador Novo, Guillermo Prieto, Pedro Requena, Miguel Martínez Rendón, Severo Amador, Jesús Zavala, Alfonso Junco, Gómez Palacio, Burgos Jiménez, Xavier Villaurrutia, José Gorostiza, Carlos Pellicer.

Y aún poniendo estos nombres de ahora, se ve que, siguiéndoles, van como en una hoguera de anhelos renovadores, alzando la **estridencia** de su voz, Manuel Maples Arce, Germán List Arzubide, y tántos, tántos ungidos que atisbaron el fulgor de los genios y van ahora—el alma en flor—diciendo una nueva canción de Esperanza.

Al lado de esta pléyade lírica se alzan las columnas dóricas del Templo donde ofician oradores, sabios, políticos, cronistas, novelistas, periodistas, todos dignos de este marco grandioso de México, con el trino en el labio, y a la vez, con el sello, hermoso y único del alma nacional, con el genio fecundo de este pueblo mexicano,

"por cuya raza hablará el espíritu"
y en cuyo seno duerme el destino de la América nuestra!

México, Set. 14, 1932.

Rogelio Sotela

Estampas

El pavoroso magnate Samuel Insull

El oro le abrió paso por entre juzgados y congresos y senados

= *Colaboración directa* =

En el campo de Dura, en la provincia de Babilonia, así lo cuenta la relación bíblica—levantó el rey Nabucodonosor una estatua de oro que adoraron "pueblos, naciones y lenguas". Buscando un paralelismo puede decirse también que en el corazón de Chicago, en el estado de Illinois, hizo el magnate Samuel Insull un apiñamiento de dos mil millones de dólares para el culto de pueblos, naciones y lenguas.

Acaba de desvertebrarse el imperio del magnate. Hay estruendo y sonido de catástrofe. Vivió cuarenta años imponiendo su dominio fiero. Atados llevaba los dos mil millones de dólares y no obedecían otro mandato que el suyo. Los había amaestrado sin quitarles el poder de conquista sobre pueblos, naciones y lenguas. Hacía con ellos todos los juegos que el oro sugiere a la imaginación que lo posee. Samuel Insull no tuvo nunca barreras.

Pero, digamos quién ha sido este potentado que perdió el cetro y es un perseguido de su Gobierno. En Londres lo olfatean los agentes de Edison y como lo encuentran con habilidades comerciales sorprendentes lo trasladan a la madriguera del industrial yanqui. Este lo pone en el medio de crecer, le quita limitaciones y lo deja que haga con sus industrias todas las transformaciones que les den poder. Edison investiga, pero defiende con sentido práctico no superado el fruto de sus investigaciones. De aquí que necesite auxiliares a quienes entregar cada invento ya completo para que produzca riqueza. La electricidad es para Edison el complemento de sus experiencias industriales. Produce la lámpara incandescente, pero al mismo tiempo genera millones de caballos de fuerza eléctrica. Y Samuel Insull es el organizador grande de las plantas que Edison construye para que sus industrias prosperen. Y no sólo organiza, sino que tiende redes monopolizadoras. Un día descubre que cuarenta plantas generadoras distribuidas en otras tantas ciudades pueden reunirse en una sola y dar el mismo servicio con mejores rendimientos. Pues compra las cuarenta plantas y constituye el pequeño trust de la electricidad. De la idea se aprovecha su amo Edison a quien todavía sirve sumisamente.

Pero Insull tiene sus propias fuerzas libres para imponer una conquista grande. Y las aplica y vence un mundo que le abre el camino del acatamiento. Encuentra muchos sistemas que resultan maravillas en la formación de organizaciones y en el control de las que otros tienen formadas. Unifica compañías productoras de electricidad y de gas, no para intervenir en su manejo, sino para centralizar su control por medio de la propiedad de las acciones, para darles dinero cuando carecieren de él, para imponerles el consejo técnico y la política administrativa. En esta forma hay un control total de organizaciones y quien centraliza ese control es dueño de un poder incontrastable. Samuel Insull llegó a ser dueño de un poder así. Dos mil millones de dólares estuvieron en un caracoleo interminable en torno a su vida.

Como en la expresión bíblica, pueblos, naciones y lenguas le rindieron culto. Creó la inmensa superstición popular y de ella se valió para imponerse. Se asomaba al mundo y encontraba una humanidad que ponía en él sus ojos de súplica. Aprovechó la blandura y creció en dominio. Para que su imperio lograra un volumen de dos mil millones de dólares fué dándole papel a pueblos, naciones y lenguas. Unía una compañía cualquiera a su cetro y la hacía vomi-

tar acciones que iban a llenar los mercados en donde ellas son mercancía sagrada. Acción que llevara el sello de Insull tenía asegurada comprador. Nadie discutía su genio financiero. Nadie veía en él sino al magnate invencible a cuya sombra agruparse era signo de cordura y de buena fortuna.

Pero Samuel Insull no era un respetuoso del medio en que crecía. Para formar sus vastas organizaciones financieras libraba luchas formidables. Organizaciones nacidas para la rapacidad topaban con obstáculos puestos por las leyes y por los hombres. Insull no vaciló nunca ante peligros. Su oro los venció. En la conquista de la electricidad sintió duro el repudio, pero también fué dura la fuerza dominadora que él aplicó. Ató y ató compañías y para esto corrompió funcionarios, dominó la politiquería de su país. El oro le abrió paso por entre juzgados, y congresos, y senados. Pudo entonces ser temido por sus rivales y seguido por pueblos, naciones y lenguas. Se perfiló en él el magnate pavoroso.

En el mismo relato de la estatua de oro se dice que sería echado "dentro de un horno de fuego ardiendo" el que no la adorara. Samuel Insull practicó lo mismo, porque en su conquista, organización que no sometía a su control se volvía ruina. El horno de fuego ardiendo estuvo devorando competencias allí en donde Insull quiso tenerlo encendido. Pero no ha sido apagado y ahora que el magnate ha huído tras él va ese fuego crepitante.

Samuel Insull no pudo imponerse a la catástrofe que desorganizó su imperio. El papel de que atiborró a pueblos, naciones y lenguas fué perdiendo valor y sus tenedores sin el dividendo usual entraron en el llanto y crujir de dientes. Allí están multitul de edificaciones que responden por el papel, pero ¿quién responde por las edificaciones? Todo se ha quedado sin valor. Insull recibió o movilizó dos mil millones de dólares, pero hubo que desaguarlos y la humanidad que los dió no comprende la magia de estos genios financieros. Genios que hacen maravillas con el oro, pero el oro se venga de ellos, es decir, los deja teorizar y cuando el fastidio le llega se sacude y vuelve ruina a esos miserables. Insull es hoy una ruina despreciada. En los Estados Unidos levantó su imperio financiero y se le temió y respetó. Allí mandó Insull siempre que quiso, porque era potentado de esa plutocracia soberbia. Con acatamiento fué seguido. Le faltó el poder y perdió las defensas que ponían el muro salvador entre él y sus siervos. El mismo aparato político que él alentó para hacer sus negocios es el que lo persigue en su fuga. Insull tuvo horno de fuego ardiendo mientras dominó. Perdió el dominio y el fuego no cesa sino que va tras las huellas del desgraciado. Lo quemará porque es el único espectáculo que presencian pueblos, naciones y lenguas que vivieron esclavizadas a una adoración impuesta por el satanismo del oro.

El derrumbamiento de la formidable organización de Samuel Insull trae la reflexión a un punto de la vida de estos pueblos. A todos ellos llegan brazos de esa maldita plutocracia saxoamericana. Puede pensarse casi que no hay una sola organización de las que vemos en poder del espacio, de la tierra, de las aguas, de la electricidad, de la banca, del transporte terrestre y marítimo, que no esté controlada por un centro yanqui voraz e imperioso. La mente organizadora aparece con la espontaneidad con que vemos aparecer a Samuel Insull. Acapara en su propio suelo, pero como pronto hay limitaciones que ya no permiten todas las expansiones que la conquista rapaz pide, irrumpen sobre otros pueblos.

La plutocracia norteamericana moldea la política de la nación. De modo que si esa plutocracia necesita que sea fin del gobierno la imposición de contratos que den las rutas aéreas, o el suelo para carreteras, enseguida el engranaje diplomático funciona y el apoyo está dado. Por supuesto, que al Samuel Insull sólo le importa que su red de organizaciones tenga campos en donde crecer y sacar rendimientos que formen poder. Trabaja por los rendimientos. Pero el hilo de los gobiernos necesita controlarlo para tener libre la expansión exterior. Domina esa plutocracia el gobierno de su propia nación y tiene así dominados los gobiernos de estos pueblos.

Los mismos procedimientos para imponerse usados en los Estados Unidos traen las organizaciones de la plutocracia que nos dominan ya o están dominándonos. Saben que al final es de ellas la concesión o el contrato que han venido a pedir. Pero como quieren que no se produzcan disonancias, las apagan apenan asoman, dando la dádiva o profiriendo la amenaza. Logrando imponerse y entonces vinculan los intereses económicos de estos países a centros de absorción voraz e infernal como ese de Samuel Insull que acaba de sumirse en la bancarrota más formidable que ha visto la plutocracia norteamericana.

Cuando contemplamos sucesos de tanta miseria nos afirmamos más en nuestro repudio de la avanzada imperialista. La sentimos cargada de todos los vicios que la hacen horrenda y digna de una catástrofe que la despoje de sus poderes infernales. Observamos que hay fuerzas que la están devorando y que un día presenciará el mundo en grande el torbellino que ha acabado con el magnate Samuel Insull.

Juan del Camino

Costa Rica y noviembre de 1932.

José de Quesada, el malagueño

= *Envío del autor* =

Hace ya sesenta años que duerme el sueño eterno la dueña de esta reminiscencia de cuchillo, recogido en una alacena vieja de cocina de adobes, sin que se haya atrevido nadie a tirarlo al basurero, no porque perteneciera a la madre de algún personaje político, pues era de una viejecita de camisa de gola, enaguas azules, zapatos morunos y que usaba un pañuelo de seda sobre las espaldas como cualesquiera de nuestras abuelas, así se llamara Ramona Quesada Rojas, Josefa Ugalde Rodríguez o Petronila Paniagua Pérez, que para el caso todas fueron igualmente humildes, y llevaban una gota de sangre malagueña, de Cádiz o Sevilla.

Por espacio de muchos años permaneció ese cuchillo en el mismo sitio, y solamente para hacer los panecillos de chocolate lo usaban, recogiendo de la piedra con la punta el cacao molido en caliente, medio derretido y aceitoso, de manera que chorreaban uno tras otro los panecillos sobre una tabla espolvoreada con harina, haciendo así las raciones de cacao para cada jícara de chocolate.

Es posible que mucho tiempo antes fuera un cuchillo de destace y que a fuerza de afilarlo tanto en molejones se desgastara hasta quedar convertido en un triángulo.

Para las mujeres de aquellos tiempos remotos todas estas cosas tenían un valor en uso, que ocupaba la atención de los Notarios; por ejemplo, Josefa Alfaro Arias lega en su testamento de 1797, a su sobrina Micaela, hija de don Antonio Alfaro su hermano, una olla de fierro y una piedra de cacao, lo cual ha servido para poner en claro cierto parentesco, cuya investigación costó largas horas de constante labor a personas que merecen toda nuestra consideración y respeto.

Dedicada la mujer a las atenciones del hogar se cuida más de los detalles pequeños que contribuyen al bienestar de la familia, la educación de los hijos y el amor de la madre, superior a todos los sentimientos humanos. En la descendencia de José de Quesada, el malagueño, encontramos humildad, honradez y trabajo, que constituyen los tres elementos básicos de nuestro pueblo.

El patrimonio de aquellas gentes en el siglo XVIII se fincaba en tener una familia numerosa, y en casar a sus hijas con hombres de buena cepa, adaptables a la vida del campo, para que llegaran a tener una chácara, un hato de mulas arrieras, o al menos una suerte de caña que asegurase la vida del hogar, ya que sólo a los potentados de Cartago les era dable dotar a sus hijas con un sitio de ganado o una finca de cacao, que era la moneda corriente en las transacciones comerciales. Algunos, sin embargo, eran tan pobres que su hermano, el Sacerdote, tenía que pagar los gastos del funeral, aunque no pasara de doce pesos, como sucedió con Felipe de Quesada Ugalde, uno de nuestros abuelos maternos. No quiere decir esto que el ocio atrajera la pobreza, porque el Padre Isidro de Quesada dejó entre sus bienes un telar con todos sus accesorios, y en la casa de doña Margarita Quesada de González se preparaba el achiote en grandes cantidades, ocupándose en esa faena laboriosa ella con sus hijas.

Cuchillo que sirvió para hacer panecillos de cacao, forjado en el siglo XVIII.

No falta en la historia antigua de Costa Rica quienes se preocuparan por la nobleza de sangre, como los Ocampo Golfín; pero de ellos no queda más que el recuerdo de un sacristán en la Parroquia de Alajuela. La adaptación al ambiente establece una fuerza de vida perdurable, que culmina con el establecimiento de centros importantes, como la floreciente villa de Quesada, de origen malagueño, aunque para ello hayan transcurrido dos siglos, que son horas pasajeras en la vida de los pueblos.

Nuestros antepasados tostaban y molían la moneda de cacao, como ahora tostamos y molemos el grano de oro para tomar chocolate o café, cambiando de nombre solamente.

Cien granos de cacao valían un real de plata, ochocientos granos un peso, y el zurrón de cacao se estimaba en veinte y cinco pesos. En un tiempo sembraron y trajeron el cacao de Matina; luego desmontaron las tierras del Poniente y cultivaron el tabaco y la caña de azúcar, y finalmente el café como producto de riqueza exportable, viviendo siempre del trabajo y con la esperanza puesta en el porvenir, que como el horizonte nos atrae sin llegar a tocarlo jamás.

A medida que se alejaban de la altiplanicie nublada y fría del Irazú, buscando el calorcito de las tierras bajas, montañosas y fértiles del Oeste, iban despojándose de todo lo que les parecía superfluo, y los que salieron con el nombre de José de Viveros Escalante Pan y Agua, cuando llegaban a la Cañada del Río Segundo eran José Paniagua solamente.

A cambio de los bienes terrenales les daban los Sacerdotes las venturanzas del cielo, pero aquellos bienes volvían más tarde al poder de sus familiares o servían para levantar santuarios, ermitas y conventos, mientras que los impuestos de los Gobernadores y lo que se pagaba de tributo a los forasteros mosquitos salía del país para no volver jamás, con detrimento de la riqueza pública y privada. Por razones similares procuraron los Quesada alejarse del Gobierno y de la costa Atlántica, pero con un carácter nacionalista tan marcado, que donde quiera que se establecieron se transformó la montaña en una finca rural, con su casa de habitación, un trapiche y animales de servicio; asociados con los Ugalde, y otros hombres de trabajo, formaron hogares y familias en los campos de cultivo, luego aldeas y después villas, como la de Barba, Villa Vieja, San Joaquín, Río Segundo, Alajuela, San Pedro de Poás, Grecia, Palmares, etc.

La mayor ambición de las familias consistía en tener un hijo Sacerdote y para ello hacían grandes sacrificios, porque además de los estudios preliminares hechos con la ayuda del pariente más cercano, era necesario un viaje por tierra hasta León de Nicaragua para recibir las Ordenes Sacerdotales; pero desde el día de su regreso hasta después de su muerte recibía él y su familia las mayores atenciones, aunque tuvieran algunos que hacer su pasantía en un pueblo de indios como Tucurrique, para llegar más tarde al curato de Parroquia. Aunque en casi todas las familias encontramos algún Sacerdote, es el apellido Paniagua el que mayor contingente da, tal vez por venir de Sevilla, la tierra espiritual por excelencia, donde florecieron los pintores famosos Velásquez y Murillo.

De las calles angostas y casas estrechas de Andalucía venían los colonos a encontrarse con una vegetación exuberante, tierras feraces, regadas por pequeños ríos en todas direcciones y lluvias abundantes, escenario completamente nuevo, en un ambiente de libertad absoluta, con los brazos abiertos de sus parientes o connacionales para compartir el amor de la familia, aunque fuera en una casa pajiza; más tarde se casaban y construían su casita de tejas, donde jugaban en el corredor unas muñequitas rubias, de ojos azules, entre flores de amaranto, San Diego, rosas y

eliotropos perfumados, con gardenias, maravillas, lirios y varitas de San José, que vestían el frente de las casas de campo y el jardincillo inmediato.

Para fincarse escogían el ojo de agua cristalina, la quebrada o el yurro, que les suministraban el principal elemento de vida; las ropas eran escasas y tan caras que para conseguir un par de medias de seda, tenían que desprenderse de la mejor mula, o de dos vacas lecheras; la tierra en cambio les daba verduras, cereales y pastos abundantes, y si vestían mal los campesinos, se alimentaban mejor que los señoritos de la Villa.

En la cepa malagueña, a que nos referimos, predominan las mujeres, y por eso quedan relativamente pocos que lleven el apellido Quesada; pero en casi todos los demás lo encontramos siguiendo la línea materna, como timbre de honradez y de trabajo, a pesar de haberse perdido el Bolívar, Castañeda, Maldonado, Ochoa, Viterbo, Rubí de Celis, San Martín y tantos otros, que por desgracia han venido eliminándose en el curso de nuestra evolución democrática.

Con frecuencia se presentan corrientes atávicas de simpatía, y se dió el caso de que seis hermanas Quesada se casaran con seis González, casi todos también hermanos. Así se formaron los hogares, durante el segundo período de vida colonial, cuando no quedaban ya repartimientos de indios, ni esclavos, ni títulos nobiliarios; si acaso alguna saya de tafetán y vajillas de plata conservadas por herencia.

Lo único perdurable y eterno es el amor de la madre, ajeno de intereses egoístas, que sacrifica todo por el bienestar y prosperidad de sus hijos en todas las esferas sociales. Por eso dedicamos nuestros recuerdos de homenaje a la madre y las abuelas en su día de gloria, que es el día de los muertos.

Anastasio Alfaro

San José, 2 de noviembre de 1932.

Tablero

= 1932 =

LA VOZ DE LOS ESTUDIANTES

Dos honrosos cablegramas

"República de El Salvador.—A Congreso Perú.—Estudiantes Secundaria "Colegio García Flamenco", piden por justicia, humanidad, libertad Haya de la Torre".

"República Salvador.—A Congreso Cubano.—Juventud Colegio "García Flamenco" piden libertad de Juan Marinello".

Como recordarán los lectores, **Patria** publicó, en una de sus ediciones de agosto próximo pasado, el texto de dos mensajes cablegráficos que los jóvenes estudiantes de secundaria del Colegio "García Flamenco", dirigían a los Congresos peruano y cubano, pidiéndoles la libertad de dos representativos ilustres del pensamiento libre de América: Víctor Raúl Haya de la Torre y Juan Marinello.

El cablegrama enviado al congreso de Cuba decía así: **"Juventud Colegio "García Flamenco" pide la libertad de Juan Marinello".**

Ayer recibieron los jóvenes del "García Flamenco" un mensaje de la misma índole, firmado por el Presidente del Congreso Cubano, doctor Clemente Vázquez Bello, en el cual les dice que han sido complacidos sus deseos en favor de la libertad de Juan Marinello.

Es un bello triunfo alcanzado por los estudiantes del "García Flamenco". Y es una satisfacción alentadora para el país contar, entre la muchachada estudiantil, con espíritus francos, viriles y preocupados por los problemas que afectan a América.

Los estudiantes de hoy, no solamente deben acercarse a las aulas a llenar la mente de conocimientos, poco más o menos útiles, sino a forjar el carácter, a comprender y a vivir su misión de jóvenes sanos y rectos.

Los muchachos del "García Flamenco" no podían ver con indiferencia la prisión de dos verdaderos exponentes de las nuevas ideas. Y ahora pueden enorgullecerse de su primera victoria, logrando la libertad de Marinello.

Juan Marinello y Vidaurreta es uno de los catedráticos jóvenes de la Universidad de la Habana, que en varias ocasiones ha demostrado su hombría, en la acción y en el campo doctrinario. La juventud estudiantil y obrera de Cuba tiene en Marinello un representativo auténtico de las ideas de avanzada.

No es la primera vez que Machado ordena su encarcelamiento, por el solo pecado de pensar como un hombre libre. En cierta ocasión, creyendo humilarle, le vistieron con el traje de presidiario como a cualquier delincuente vulgar, sin pensar que más subirían los quilates de su prestigio indiscutible como luchador sincero de las nobles causas.

El cablegrama del doctor Vázquez Bello, dice así:

Ny 3 Havana 19 Cuban Govt Nex 18th Nks.

Escobar. Colegio "García Flamenco". San Salvador.

Complacidos sus deseos en favor libertad Juan Marinello.—Clemente Vázquez Bello, Presidente Congreso Cubano.

Ahora falta que el Congreso peruano interceda ante el Comandante Sánchez Cerro por la libertad de Haya de la Torre.

Esperamos.

(De *Patria*. San Salvador. Agosto 1932)

NOTICIAS DE LIBROS

Las "Confesiones" de San Agustín

La "Nueva Biblioteca Filosófica" incorpora hoy a su ya copioso acervo de obras célebres del pensamiento de todos los países y épocas, una de las creaciones realmente sobresalientes, como es la titulada **Confesiones** que escribió el insigne San Agustín, obispo de Hipona y doctor inmortal.

La edición presente es digna del mérito de la obra, ofreciendo la traducción directa por el destacado agustino P. Angel C. Vega, Profesor en El Escorial.

En el interesante Proemio que figura al comienzo, pondérase la importancia que reviste toda buena traducción para conocer e interpretar debidamente las obras trascendentes que datan de épocas lejanas. En el caso concreto de **Las Confesiones,** puede decirse que las anteriores debidas a Toscano, Ribadeneira y Gante, resultan muy defectuosas, y solamente la posterior de Zeballos está bien escrita y responde con fidelidad al espíritu originario aunque refleja bastante el texto de una francesa muy conocida. La presente está hecha con una acuidad ejemplar, siendo producto de la paciente labor, de la amorosa constancia de quien la firma y publica, según el mismo sinceramente expone. Su claridad y precisión estilística, reflejo literal del texto, y la notación abundantísima, le prestan atrayente incentivo.

Hasta aquí no se ha dado en España la importancia que merece el conocimiento de la gran producción agustiniana, constituyendo esto en cierto modo un contrasentido tratándose de país tan vinculado de por vida a la esencia secular de la cultura religiosa y humanística. Y ello es hoy día doblemente lamentable, pues contrasta con el fervoroso afán de otros países europeos por exaltar el significado del sabio príncipe de la Iglesia antigua, en los cuales obsérvase una producción bibliográfica muy copiosa consagrada a explicar y divulgar el sentido permanente de las transcendentales ideas de San Agustín.

De aquí que resulte apropiada y oportuna toda contribución tendiente a dar a conocer el sentido de la figura excelsa y su obra, y para ello nada mejor que procurar popularizar **Las Confesiones** mediante ediciones cuidadas y buenos estudios exegéticos, con lo cual se verá ese valor permanente de la misma y su indudable poder educador actual.

Las Confesiones resulta la historia autobiográfica de su autor, y, como casi todas las grandes creaciones antiguas, abarca, aunque su extensión no es exagerada, todo el universo de las ideas transcendentes entonces conocido. Por esa intensidad de observación y experiencia, por la serenidad expresiva con que el intelecto de excepción que trazó el libro supo condensar el sentido de toda una época, y por otras cualidades y circunstancias, emanadas de su intuición genial y sublime concepción, la obra de San Agutín ha sido proclamada como superior a los **Pensamientos** de Pascal y las **Meditaciones** de Descartes, pudiendo, pues, afirmarse que constituye el modelo de cuantas confesiones de filósofos se han poducido con posterioridad.

Esta edición de **Las Confesiones** forma los volúmenes LIX y LX de la "Nueva Biblioteca Filosófica", ambos con un total de quinientas cincuenta páginas, tamaño 19 x 13 centímetros. Precio: 14 pesetas ejemplar. **Espasa Calpe S. R.—Apartado 547. Madrid.**

Juan León Mera, maestro de cultura nacional

= De *América*, Quito =



Juan León Mera
1832 - 1894

En uno de los pensiles de la altiplanicie andina del Ecuador, por gracia del cielo y predilección de la naturaleza, a la ribera de un río que en la antigüedad pudo llamarse sagrado, por la fortuna de su destino, en Ambato, en la orilla septentrional del dichoso río, surgieron dos poetas, dos literatos, de los mayores de América, nacidos el mismo año glorioso—1832. En la hoya florida del Ambato, desde La Liria hasta Atocha y Ficoa, fueron las andanzas de contemplación y de meditación de aquellos dos famosos ingenios, dispares por muchos accidentes, pero altamente enamorados de la belleza y encariñados con el estudio, por vocación irresistible: Juan Montalvo y Juan León Mera.

En aquella misma vega, en un rincón de paraíso, habitaba también un patriarca de la cultura. Don Nicolás Martínez, tío de Mera, y daba lustre a la ciudad y a la comarca Don Pedro Fermín Cevallos, que más tarde debía historiar parte de la vida de nuestra nación. Llegó a ser este oasis sede y asiento de la mentalidad de la patria, como corolario de un antecedente decisivo en los orígenes de la cultura nacional—el antecedente de que en Ambato, por mano de los civilizadores jesuítas—se fundó la primera imprenta del Reino de Quito. Del suelo donde se asentó la imprenta, brotó el genio, por generación de cultivo intelectual.

Desde Olmedo, astro central en la primera edad republicana, en que figuraron secundariamente pocos ingenios, oradores, polemistas—Mejía, Rocafuerte, Solano—se hizo un largo y denso crepúsculo como de veinte años, ingratos sobre todo a la poesía, flor temprana de la inteligencia, que se anticipa a la granazón de la mies, en casi todas las civilizaciones.

Perduró la campaña de pluma del Padre Solano, al principio casi solitario, hasta que aparecieron en el estadio de la prensa los periodistas de Cuenca, Cueva, Malo, los Borrero, Bravo, Parra, y en Quito, Pedro Moncayo, Herrera, José Modesto Espinosa, Julio Zaldumbide...

De la Nueva Granada nos vino después una colonia intelectual, la de Belisario Peña, Ortiz Barrera, B. Pereira, Gamba... Antes adoctrinaba, polemizaba e historiaba Irizarri, autor de una de las más célebres monografías históricas sobre el asesinato del Mariscal de Ayacucho.

En esta penumbra que no coincidía con las ya brillantes muestras de literatura de la Nueva Granada, de Venezuela, aparecieron Montalvo y Mera.

Hijos de su propio esfuerzo, estos talentos significaban también caracteres de perseverancia y fortaleza, hoy casi desconocidos, en la laxitud y molicie a que han llegado las costumbres literarias y aun las de otros sectores de la vida.

En aquel mismo tiempo, tronaba ya [illegible] en el hospitalario Perú, el potente lírico Numa Pompilio Llona, restaurador del soneto en el siglo xix, espíritu de elevación superior al ambiente coetáneo, que hoy mismo no es comprendido por las escuelas que no distinguen lo permanente del clasicismo y romanticismo—dos corrientes que empujaron la nave del arrogante poeta del Guayas—otro río de aguas de milagro para engendro de artistas y genios.

La vida de Mera, sencilla, sin accidentes ni curvas, se reduce a la del manantial en el imperceptible declive de una pradera.

No conoció a su padre sino en algo como visión—lo propio que González Suárez. La orfandad así todavía más desvalida. La madre—viuda de un vivo—sustituyó valientemente al padre. Ella modeló la índole del hijo único, con ayuda de la abuela: una y otra, mujeres de temple castellano, diestras en las diligencias todas de vivir, sacerdotisas de la casa, maestras en la escuela doméstica, directoras de la labranza campesina, tanto como en las faenas de la inteligencia, y sobre todo, expertas en la ciencia y la economía de la conducta.

Mera se formó, por ministerio de aquellas buenas e inimitables mujeres, aprovechando además el consejo y las insinuaciones de cultos personajes de su familia: Martínez, Váscones...

El caso de Mera, más que el de Montalvo, fué de auto-educación. El niño, entrañado con los espectáculos de la naturaleza y el amor del paisaje, tuvo por escuela el campo, por lienzo para las primeras imaginaciones la celeste llanura, por música acariciadora, la del río natal y el viento, prisionero de amor en el edén suyo, mundo único y refugio del alma.

Portento de formación la de un travieso niño que a poco había de aprender, en la escuela de la soledad, todo lo que entonces solía darse en colegios y universidades: el latín para fundamentar el conocimiento de la lengua materna y de las hermanas romances, que más tarde le serían familiares; la doctrina cristiana desde la encantadora superficie del Catecismo, hasta el fondo teológico y la profundidad mística; la historia y la geografía universal y en especial la de Patria, las ciencias del cálculo de la especulación para las realidades de la vida y la adivinación del misterio del mundo. Al repasar parte siquiera de la obra de Juan León Mera, asombra comprobar la elasticidad con que su talento alcanzó casi todos los conocimientos, con el guión al frente de un criterio de rectitud sencillo e impecable: nunca se aventuró por los atajos de la hipótesis y vana exploración, ni arrancó el hilo de oro que le retenía adherido al árbol de la fe—que es la razón suprema que explica lo que ésta no acierta a definir.

Apologista, escoliasta, publicista y economista, tanto como esteta, historiador, novelista, geógrafo, hombre múltiple, enciclopedia de asuntos nacionales, casi completo—Mera representa—, como una de las grandes montañas ecuatoriales, a una de las cumbres geográficas, que fijan el relieve intelectual de la nación.

Este ingenio de tan honda raíz en el terruño debió ser y fué nacionalista literario antes que todos y sobre todos. Bien que disponiendo del escaso material literario de la época y dentro de la cerrazón del horizonte contemporáneo, no pudo dar plenitud vital al nacionalismo literario, tímido aún para aplicarse a lo diario, a lo visto y sentido, sin que se acuda a situaciones de ficción e inverosimilitud, a los recursos de la arqueología literaria, ni a la saturación libresca.

En lo que triunfó magníficamente fué en el cuadro, en tratar el paisaje en letras, en trasladar el alma a los objetos, para sentirlos, acariciarlos y llorarlos: **lacrimae rerum.**

Mera diseña con maestría los espectáculos naturales: las vistas de la gigante cordillera y de los colosos de nieve, el cielo que extiende sobre el manto de nubes estriado por la tempestad en llamas, el abra de las montañas desgajadas para dar paso a las rabiosas aguas que se desprenden de las cordilleras, se precipitan en la cascada y se hunden en el abismo; la maraña de la selva primitiva, los ríos que en angulosas vueltas de serpiente de plata, ondulan en el bosque tropical, las lagunas donde la luna se mira para temblar sobre las linfas, la quietud majestuosa de los parajes desolados, la lejanía de las nieves eternas, contempladas desde los miradores de la tierra baja. Cuando otros escritores desdeñaban el cuadro de la tierra propia, solazábase él en prosas y versos, copiando, para delectación suya y para emocionar a los conterráneos rebeldes, las imágenes de la belleza natal, con escrúpulo nimio de pintar mediante observación per-

(Pasa a la página 267)

Egloga en voz reciente

= *Envío del autor. Quito* =



Augusto Arias

Nueva de tus milagros, la resolana tácita
en la boscosa hacienda nos dió calor de amigo.
La hiedra vegetal, copiando tu fragancia
y dúctil, como tú, se enredaba conmigo
en un avance hojoso: tu verde de esperanza
y el tallo de ascensión de mi vibrante empeño.
Las abejas tejían su ronda milenaria.
Como entonces, ha siglos, fueron griegas y acaso,
la celdilla de cera, con ática paciencia
guardaba iguales mieles para Ovidio y Catulo.
Ayer, sin olvidarse de sus ancestros luengos
sobre nuestro recuerdo volaban parladoras
y su aguijón traían desde los eucaliptos
con filo de aires altos y pectorales vientos
para enseñarnos ciencia de epigrama y bucólica
y de Geórgica siempre... Moscardón soñoliento,
verde de los pinares, verde de los helechos,
rosa de las silvestres florecillas, bruñidas
sus alas de cristal por aristadas brisas,
moscardón langoroso nuestra pereza enreda,
con su vuelo cansado, jardinero indolente.
Y las abejas vuelan y filtran todo el campo
en la celdilla mínima, hexágono perfecto.
Y el viento como antes, como en otras mañanas
acaricia la frente que es un mundo apretado
y como ayer, el río, pasa sin alejarse
y como en otro tiempo recorta el cielo el valle
y como en otra edad amanece cantando
esta paz aledaña, esta quietud sin nombre...

Garcilaso, otra vez, habla sobre este libro.
Esa es su misma voz y este tu hablar, Remigio.
¿No fué Boscán el Nemus de su recuerdo intacto,
perfumó Elisabet su vida de poema?
Flérida o Galatea. Los pastores lamentan
su marmórea indolencia o su alegrarse tardo.
Ellas son del rebaño, como ellos son del sueño.
Son más dulces que el pan, pero el trigal aún tierno
es de la cabellera cósmica. Y así el alma
sin núcleo de atracción, vagarosa, se pierde
y puede amar al monte, a las ramas y al río...
Sobre el amor-combate sus treinta años elásticos.
Garcilaso volvió del paisaje de la égloga,
dulzura de palabras, dulzura de zureos,
abejas y balidos, miel y vellones plásticos,
zagalas sin vencerse, pastores ya vencidos
y como un mago adusto, el Tormes cristalino.
Garcilaso del campo, castellano y antiguo;
de la casa hogareña, del salón . . . Del sonido
que se alterna de paz... Silencio anochecido
y orquestada mañana. Milite y pegrino.
Griego por las pastoras renacentistas. Griego
por la voz heredada de Teócrito... y latino
por la gracia del ser y la raíz añeja
del romance podado, vernacular y altivo.
En tus églogas vive un acento de hoy mismo
y el espejo campestre sorpréndese ofreciendo
imágenes que fueran de un encanto novísimo.
Garcilaso mitólogo, Garcilaso adivino...

¿Anduvimos acaso por tierras de Castilla
o floreció el pasado en el solar andino?
Secular, aquí estuvo la india de la sierra
y el español, curvado, la linfa de diamante
bebió de esa vasija prieta y bronceada y fina.
Pero nuestra memoria peninsular ordena
los pasos de esta grave sombra de poesía,
que sin hallar contorno tangible es siempre eterna
y muriéndose siempre renace siempre viva.
Paseos centenarios por vallados antiguos,
evocación de añejos cantores que soplaron
su canto de ecos múltiples en insondable tiempo
y se han hecho profundos en nosotros, y vuelven
como si desde siempre hubiésemos oído
su música y hubiesen en nosotros de otrora
germinado, enseñándonos el placer dolorido.

Marqués de Santillana pasa con la vaquera.
—No es su amor picaresco como el de la serrana
vencida por Juan Ruiz.—Es amor de otro modo:
ella "non es deseosa de amar, nin lo espera..."
Manrique es un horario de arenilla menuda
que se filtra cantando efímeras victorias.
¡Todas son vaporosas y muertas soledades!
Por que el seso se aviva, el engaño despierta...
Maestre de Santiago, don Rodrigo, abordemos
la barca que ilumina el fulgor del océano,
sin mesura, sin cálculo, sin dolor, sin olvido.
¡las coplas sentenciosas cien veces recontemos!

Fray Luis es un remanso. ¡Qué descansada vida!,
sin agujillas múltiples que hieran el reposo,
sin acre fiebre y sombras que pinten el anhelo.
Allí corriente pura y en sosegada alfombra
el hilillo que viene de la vena de Horacio
y allí el agustiniano solar sin tentaciones
bordado como un huerto por taumaturga diestra.
Fray Luis: noche serena, pastor, monte y olvido
del mal y remembranza de aquella luz sin noche.
De todo lo sembrado todo lo frutecido
para tu fe sin punto finito se devuelve
y como ayer dirías: ¡Oh campos verdaderos!,
y en la fértil morada: ¡Oh deleitosos senos!
Vuelves, monje y pastor, extático de amores
y sobre el campo inmóvil no te evocamos menos
dulce Juan de la Cruz: el alma y el Esposo
en diálogo conjunto dejan la tierra amarga
y del canto florece un instante oloroso...

Por los esmaltes varios del Góngora divino
acaso invertiríamos nuestra estampa campestre.
Para el agua corriente, viña del cielo, el vino.
Vellones del cordero para el polar asombro
en la estufa bucólica... Cabellos de pastora
en la lirada música las cuerdas peregrinas.
La columna tendida por el sol, el puntero
que alongará la vida espacial de la hora.
Volteo de metáforas oscuras, cristalinas,
y seguidor, el juego, por el ingenio vario,
difícil, hondo y alto, flor de la nube, estrella
de azucena, caída, para el cielo convexo
del valle... Así verían los pastores angélicos
en sus altas moradas las flores luminosas.
Góngora del camino tendido hacia el enigma
pero claro de sueño y erizado de abrojos:
niña pálida, viva; llama de flor ya muerta.
Por el romance, el alma viene de esencia antigua,
mas el puente se curva, elástico y diverso
y en su rostro alargado otra visión del Greco—
luz ambigua y eterna se dibuja y acrece...

...Hay que morir amigos. Pero la Muerte aguarda
y de su filtro oscuro pueden alimentarse
nuevas antorchas firmes, luciérnagas errantes
o la ascensión votiva del resplandor perpetuo.
Y de seguir el rumbo de los viejos paseos,
y de amar el contorno vivo de los regresos
y de filtrar, añejos y morosos, las voces
de ayer en el cristal de las nuestras, actuales,
bien podemos ahora por la riba salada
guiar con remos jóvenes la barquilla de Lope!

Como el agua cansina de este curso indolente
que quiere hablarnos hoy con su canción de estío,
y que crece y arrastra en su olvido de tumbo
los recuerdos silvestres de su espejo de río,
nos haremos piadosos, decrecientes y humildes

Goethe o la progresión

= *Envío del autor. Quito* =

El Werther.—El que de niño había quemado un grano de mirra en ofertorio a Pantheos, el espíritu pánico y de fervores terrenos, el que se modelara al delicado influjo de su madre (parecía una hermana, por lo juvenil y fresca, junto a Goethe adolescente) y al de la severa vigilancia del Consejero Goethe, sentirá que en su vida de juventud luchan las pasiones y los recuerdos, la zozobrante elección del camino, las formas concretas de la existencia y las puras abstracciones del arte. En la alegre mesa de Wetzlar el mismo es un caballero del medioevo, Goetz de Berlinchingen. Para la despreocupada comparsa de juristas es menos importante el traje que la imitación del gesto y para el flamante doctor el apodo de Goetz casi un consagrado reconocimiento de sus páginas. El Goetz ha sido su obra de la primicia, aparte de las odas en las cuales está patente la influencia, de simpatía y de cariñosas lecturas, de Klopstock. Ha formado un drama nacional, colorido, sin que se exageren los tonos brillantes y sí más bien de acuerdo con la múltiple conformación de lealtad y audacia, de valor y escándalo, de verdad y quimera que distinguió a los caballeros medioevales. No han podido escaparse entonces, de la fisonomía de María, las líneas puras de la Federica de Sesenheim. Comienza a reflejar sus propios recuerdos y no ha de dejarlos sólo en estampas móviles, sino que buscará, para la gloria de su pervivencia, para

(Pasa a la página siguiente)

y al volver en torrente, con caudales diversos,
perderemos la imagen en rugosa carrera
y con música pétrea, del dolor de rompernos
mil encajes de espuma otra vez tejeremos.

Para la esbelta encina subterránea el agua
y sus diamantes lentos, llegan, ascienden, aman,
verdean en las hojas, se apagan en las ramas
y en su corazón hondo—el tronco—se empretecen.
Para la vieja encina sólo el hacha es la muerte,
pero allí, rediviva, alienta la existencia,
y ha de volver proteica y ha de hacerse cantora...
Paseos milenarios. Perpetuidad que roza
con su memoria cósmica la nuestra, adormecida.

En la plática nueva, colorida, perfecta,
en la memoria pronta de lúcido desfile,
la fiesta velazqueña quiere alegrar los postres
y, como en un museo, nuestra viveza evoca
el lienzo milagroso que sin ocaso brilla
y vive sin poniente, del Cristo a las Meninas.
Otras luces eternas y otras sombras que nunca
reposaron fallidas y estuvieron informes.
Para la vida breve el arte largo. Para
los sueños tropicales los deseos insomnes.
En el panal de suaves cristales de floresta
paladeamos el aire del huerto y de la encina,
la sedativa esencia del eucalipto... y somos
ya unos con la savia de los campos y el río.
Abejas milenarias, ya la pereza enciende
sus obtusas luciérnagas sobre nuestro abandono,
mas como ayer vosotras, mañana y siempre haremos
recolector revuelo y regreso fecundo,
y como ayer vosotras, mañana y siempre oiremos
en la orquesta campera el diapasón del río,
y abejas milenarias, con agudos buriles
labraremos el campo en cera y miel, iguales:
cirios de los fulgores, sabor de los panales,
el poema es la síntesis del colmenar del mundo.

Augusto Arias

Goethe o la progresión...

(Viene de la página anterior)

que se prolonguen en la vida de nuevas concepciones, una suerte de continuidad que ilumine el rostro de las imágenes, que las vuelva reconocibles por los ademanes y las palabras (1). La Federica de pasividades campestres y de calmadas esperanzas ha de volver, más que en el nombre, en la conciencia de otras de las mujeres de sus libros y, para que no dudemos de su verdad, Goethe ha de saber rodearla de tal ambiente que nos recuerde el de sus visitas jubilosas y graves, guiadas casi por la traviesa determinación del niño. Así ocurrirá, más tarde, con sus Carlotas. A veces han de mezclarse sus atributos como si en el grave juego del arte llegasen a intercambiar sus gracias y sus presentimientos. Y, en definitiva, el campo de aspiración del Eterno Femenino está ocupado por la mujer única y varia que tuviera algo de la primitiva Federica, de Bettina y de Augusta Stolberg, de Carlota y de Lilí.

Bien pronto Goethe desparrama su ingenio y sus admirables decires. Se reparte, entre la existencia de los estudios, la de los amigos que gustan de pulir el contorno multifásico de la alegría y la de las llamadas profundas o superficiales de los salones. La próxima impresión de su agradable continente y de sus maneras finas y distinguidas, le ha llevado por la hondura de la confidencia, por la iluminada discusión literaria o por el brillo de sus concepciones, al pavés desde el cual muestran su perfil, como predestinado para no desaparecer, los hombres geniales. La onda concéntrica de la curiosidad que busca, y la que ha de quedarse estática, la de la admiración que interroga y se baña, al fin, de la propia luz del hombre admirado, volviéndose a repartir una miriada de fulgores, le rodean entonces con más poderosa solicitud...

Para el enlace de su aventura trunca, surge la signada con infértil riego que se habría de evocar más tarde, en memoria de la añeja seducción del romanticismo. Goethe visita a Carlota Buff, la prometida de Kestner y el imán de iguales afectos emparenta más bien las almas de los dos amigos, de divergente inquietud, y sin embargo, para la hora, de igual transparencia. Ambos han de llevar su imagen como la de una primorosa virtud femenina. Pero si Kestner la contempla y la desea con el designio de una grata prolongación, la de la esposa casera y ennoblecida por la maternidad, Goethe no puede pensarla jamás rodeada de pequeñuelos, seria y ensanchada. Carlota tiene una viva y precisa "comprensión de las realidades", pero todo en ella es áureo, cristalino, de finura. Goethe acaba por enamorarse de Lota y ejercerá en el alma del novio una influencia que se dijera de amores compartidos. El la llevará, con frecuencia, los recuerdos de Goethe y cuando el poeta se marche, dolido de imposible, Kestner sentirá como suya propia la tristeza de su amigo. En esencia no se ha frustrado el amor. Elevaráse, más bien, en virtud de su ingravidez, de su carencia de realidad y el sollozo sofocado ha de soplar vida perdurable en el Werther. 1774. ¿Quién aparece en la figura del amador de Carlota, con tal exceso de sensibilidad y pasiones afinadas, casi olvidado de la seguridad de la inteligencia que sabe conducirnos por la vida que afirmará nuestros pasos? Se mueve como un sonámbulo, divaga y cultiva, con tenacidad afiebrada, su obsesión. Está disgustado de todo y quisiera, muy pronto, cumplir con el viaje, morirse, revivir. El romanticismo, se dirá más tarde buscando para el Werther el gusto de las clasificaciones. Igual empleo de la leyenda o de los temas tradicionales, idéntica preferencia por el sentimiento y la imaginación que se destacan, triunfando de las otras facultades. Idealización extraordinaria de los personajes y de las pasiones.

Se ha dicho, y con todo fundamento, que en el Werther demora, como un fantasma, el recuerdo de Jerusalén. Goethe conocía, con detalles, la historia de sus amores y de su invencible desesperación. El recuerdo de la Señora del Secretario del Palacio no dejaría en reposo a Jerusalén y de su inconformidad ha de nacer el designio de partir para nunca. Su hipocondría, su misantrópico vagar, desparramados en las Memorias, ahondados en el estudio de la filosofía, de la libertad, de la ética, han de vaciarse al fin en el lago profundo del suicidio. Una fugaz lumbrarada y en los ojos de Jerusalén se iniciará el principio de la sombra. Como el ahogado se arrastrará hacia la ventana para pedir, por última vez, para su angustia de moribundo, el respiro de la tierra.

Goethe ha tomado la patética vida de Jerusalén para su **Werther.** Pero allí existe, con fuerza permanente, el auto recuerdo. Carlota es su Carlota Buff. Alfredo es Kestner. El desesperado amador es él. Rara fortuna la de la novela. En breve tiempo ha recorrido Europa, ha penetrado en las alcobas núbiles y ha removido, en la frágil biología de los hombres, el amor del suicidio. El plomo destroza las frentes de los nuevos Jerusalenes y las Carlotas rubias han de ceder ahora, pues que más allá de su beso negado presienten el trágico hierro de las pistolas, el filo espejeante de la daga, la gota incendiaria.

En la Carlota de **Werther** todos reconocen a la señora de Kestner. El mismo Goethe no podrá negar la fidelidad del retrato y ha de buscar explicaciones cordiales para la inquietud de su amigo. El rostro moral de Alberto, por lo demás, de la bondadosa fidelidad y de la inteligencia tranquila, no desagrada a Kestner y después expresará de la dulce figuración del **Werther,** con frase que se parece a la de la gratitud: "Los rasgos amables e irreprochables de Lota son los de mi mujer. Ya pueden ustedes comprender que no podía menos de amarla".

Sabía Goethe que "el estremecimiento es la mejor parte de la humanidad" y por eso hubo de perseguir la curva de los temblores más profundos y modeladores. En su vida de veinte y cinco años, (El Werther), también se sintió tentado por la onda de oscuridad y de misterio de la cisterna sorda. Sombras del Hamlet le asaltaron entonces, y quiso dar a la calmada sapiencia de seguir, el gesto brusco y liberador de desatarse. El también no supo, en días vacíos e indeterminados, si quería escaparse, vencedor y vencido, y, sin palabra igual, interpretará el estado de Jerusalén cuando su confesión se rompía, extraña, a los pies de Anita Brand: "¡Ay, si me hubiera muerto!"

Pero así dará desahogo a sus vacilaciones interiores. Y elevando a la vida del arte la desesperación y el total ofertorio de Werther ha de marcharse a nuevas excursiones de poesía y de verdad (1).

Goethe mantiene rara continuidad en

---

(1) "La vida de Goethe es un comentario perpetuo de sus obras". Bossert: *Goethe, sus precursores y sus contemporáneos.*

(1) «Goethe y Carlota volviéronse a ver cuarenta y cuatro años después de la aventura de Wetzlar. Vino a Weimar a visitar a una de sus hermanas, cuando la encontró Goethe. Lota contaba más de sesenta años y había tenido doce hijos». Alfonso Seché y Julio Bertaut *Goethe, la vida anecdótica.*

sus concepciones. Más tarde el doctor Fausto detendráse en el instantáneo paso de la Muerte al escuchar la música de las campanas de la resurrección y dirá, como en afirmación del pensamiento de su ética o en voluntad bien lograda de su destino de forjarse y ascender: "No sondees el sin igual destino. La existencia es un deber aunque no sea más que un instante".

En la luz clásica.—Los años de viaje y los años de aprendizaje de Wilhelm Meister. En esos dos libros escritos en forma novelada y que presentan cuadros de la sociedad de la época, ha de marcarse la trayectoria de Goethe. Quiere viajar y aprender. Busca renovación y parecen durar, en su errátil memoria de los paisajes, en sus huídas y en sus regresos, las voces de la alborada de su Fausto: "Vas a quedar curado de tus males. Confía en la mirada del nuevo día".

Así en la vida magnífica de la corte de Weimar como en sus paseos por Italia. Ha de apaciguarse, en la cordura meridiana, su persecusión de la forma indeterminada y el secreto de los libros ayudará, en su revelación de principio y de fuerza, a la calmada gravedad del arte perdurable. Sin embargo, de su **Werther** conmovido a su **Fausto** desigual y complejo, en el reposo de sus meditaciones y en el tacto seguro y modelador de la diestra, a veces helénica, no ha dejado perder su visión astral y terrena, su encanto de creaciones y su sensible amor de las realidades. El Werther, iluminado de imposibles, poseído de angustias, se condena y se mata. El Fausto, en cambio, sabe que el Diablo es viejo y hay que envejecer para comprenderlo y si se alumbra de locura o tambalea de vértigo, no desconoce la vereda que ha de llevarle a estancias quietas; se atormenta y se rejuvenece, se afirma y se contradice, pero de la misma mutación de su tránsito aparece diferente en cada día.

El Goethe de treinta años encuentra, por atracción de perfectibilidades, más que las fuentes de la belleza antigua, las figuras perennes, animadas de tal suerte que no en vano fueron llamados humanistas aquellos que las buscaron en los libros para seguirlas en su firme virtud de acciones y de sentimientos, como si el arte, al volverlas longevas, hubiera, al fin, triunfado de la Muerte.

En el rostro de Goethe las facciones aniñadas y hermosas de los veinte y cuatro años se han marcado con los golpes de los vientos diversos de la treintena y la reja del pensamiento ha impreso en su frente surco rectilíneo. Ya no han de temblar sus ojos, aun cuando la fronda de sus presentimientos se conmueva, invisible, al paso de Lilí, espigada y triunfante. Ha vencido el límite de la vida primaria y por eso ha de comprender y amar la del arte que no tiene la célula novísima. Gusta de pasar desconocido por la vieja Italia y, penetrando en el dominio de los clásicos, escribe su **Ifigenia en Táuride.** Ella, en verdad, viene, por actitud, desde la estancia sofoclea, aun cuando la más viva curiosidad de Eurípides fulja en sus pupilas y en ocasiones deje adivinar, en sus palabras de sereno timbre griego, cierto distante acento shakeaspeareano. Pero es hombre de otro siglo y la quieta y limpia desnudez del paganismo no le conquistará por completo. El mismo ha confesado que se prendó de la expresiva pureza de un lienzo de Rafael y que cuando perseguía la vida de su Ifigenia le buscaban los ojos de Agueda, por lo que quiso que su griega dijera las palabras que no hubiera desdeñado la Santa. También Margarita tocará con la vara de su voz persuasiva en la roqueña impiedad de Fausto, por encontrar la vena del agua religiosa.

Equilibrio.—Goethe dejará un libro único que se acerca al idilio: Herman y Dorotea. Cuadros de costumbres, sencillos afectos, simplicidad de caracteres, fisonomías que se delinean con rasgos atrayentes y simpáticos. En esa novela poética penetra Goethe con acierto casi virginal en los simples amores que se forman de burguesa placidez, para la vida horizontal, sin complicada descompostura. Su Hermán y su Dorotea son clásicos y del suave contorno de aquellas dos figuras se desprende la fácil aureola de los sentimientos. Idílica por la seguridad y la dulzura del cuadro,—un inocente amor de pastores,—es también la égloga germánica, consagrada casi como un romance nacional, releída por las novias y los amantes, ejemplo admirable de un tipo alemán de rusticidad fiel y transparencia de sentimientos, de tradición y continuidad. Lectores de la centuria se han descubierto en varias de aquellas escenas.

Mas, para que sea perfecta la evolución, de aquel remanso de visiones, ha de viajar al encuentro de nuevas y nuevas arquitecturas mentales. Y, volviéndose a cada paso un confidente de las transformaciones de su espíritu, amará el idealismo triunfante de Schiller, el torso de la tragedia, de fatum y resistencia, los jardines del romántico, el modelo del clásico (1).

No le estará vedada la incursión en el alma de los otros y si quiere dejarnos estudios de los poetas y literatos de la época, también ha de exprimir, en las Memorias, la historia de su vida, a la vez sinuosa y de recto avance. Para la burlona inquietud de algunos y para la premeditada impaciencia de los otros, brotarán los **Xenies,** y si conoce, en más de una vez, a la mujer que exalta, también ha de sentir las impresiones de "la que apacigua", Carlota de Stein, cuyo retrato admiró en Estrasburgo (2) y cuya serenidad amorosa no dejó de recordar en algunas de las páginas del **Egmont** o en señalados detalles de la **Ifigenia.**

Augusto Arias

(Concluirá en la próxima entrega)

Juan León Mera, maestro de cultura...

(Viene de la página 264)

sonal, para creación del arte doméstico y de la literatura única, por la cual podemos distinguirnos los descendientes americanos de Europa y los nativos incorporados a la cultura europea, que no por ello han de renunciar al elemento local y específico de la autonomía.

En la América Hispana de ese tiempo, nadie excede a Mera en el empeño americanista, desde luego, en el paisaje a que le inclinaba su vocación y práctica de pintor. El discípulo de sí mismo, realizó en parte la formación del poeta y del artistas integral, que debe conocer la técnica de todas las artes bellas, para el detalle pintoresco del estilo, su relieve y musicalidad.

Comenzó nuestro humanista de América por **La Virgen del Sol.** La seducción de **Atala** y **Los Natches,** quizás la del novelista del **Ultimo Mohicano,** determinaron en Mera la inclinación por el tema indígena, de índole histórica, más o menos auténtica. Se trataba de un esfuerzo, o ficción sentimental, que más tarde no resistiría ni aun a las muy relativas comprobaciones de la realidad. Pudo quizás ensayarse la novela en prosa acomodada mejor a la traslación de edades muertas y de hechos en parte adivinados, tal como las narraciones de literatos arqueólogos como Flaubert, Marius, Ary, Leblond y tántos otros. La leyenda en verso hubo de escollar por la dificultad de no caber en poesía castellana aquel tema de reconstrucción, de suyo escabroso y difícil.

Completó **La Virgen del Sol** un ramillete de **Melodías Indígenas** que casi no trasciende a antigüedad. El indianismo se denuncia moderno, y ojalá hubiese sido totalmente, para que resultase leal y sincero. Los ejemplares femeninos de la raza aborigen que conviven en nuestra comunidad dan asidero a la explosión sentimental y hasta a la ternura pasional de blancos y mestizos, mejor que las reconstrucciones de artificio de la arqueología literaria. De amores de blancos e indios, ejemplares quedan en las historias auténticas y documentadas desde el Marqués del Valle, Almagro y Pizarro, hasta Menéndez de Avilés y el alemán Lisperguer, de los colonizadores del reino de Chile.

Complemento de esta empresa de restauración incaica o quitu, que tal vez habría sido más oportuno ensayar en quichua a la manera de **Ollantay,** apareció **Cumandá,** la obra máxima de Mera, que llegó a tiempo, cuando el idilio de **Pablo y Virginia** se había americanizado en **Atala** y la **María** del Cauca, trasplantaría, al corazón mismo de América la tragedia de amor, cuyas últimas ondulaciones desde **Amalia** del Plata, se cristaliza-

(1) «Vos conocéis tan solo los fantasmas románticos; el verdadero fantasma debe ser también clásico». (Palabras del Homúnculo a Mefistófeles). *Fausto,* segunda parte de la tragedia.

(2) Goethe había escrito bajo el retrato de la señora de Stein: «Sería un hermoso espectáculo el ver cómo se refleja el mundo en tal alma; si juzgo por la dulzura de la fisonomía debe ver el mundo tal como es, pero a través del amor».

rían en las ingenuas estrofas de **Tabaré**, hermano menor de **Cumandá**.

Esta novela, a no pecar de inverosímil en la trama, utiliza la dispersión de la familia de Don Domingo de Orozco, en el levantamiento de indígenas de Guamote-Columbe. Don Domingo, después de la ruina de su hogar y la muerte de los suyos, se acoge a sagrado y sube a los altares. De los amores de la tierra quédale solo Carlos, su hijo. Ignora el fin de su última hija, Julia, que la cree muerta como su madre.

Ella había huido a la selva, en brazos de su nodriza y al amparo de uno de los jefes del levantamiento.

Era **Cumandá**...

Sobre esta trama se diseña el hermoso tapiz de paisajes, cuadros, escenas de amor, combates y fugas—a terminar en tragedia, cuyo secreto, como el de Edipo, se descubre sobre el cadáver de la hermosa blanca—**Cumandá**, hija de la cultura hispánica y sacrificada a la barbarie no domada todavía.

———

Múltiple y al parecer contradictoria la empresa del infatigable literato, que fué uno de los primeros novelistas americanos, también de los primeros críticos del movimiento literario de su patria y de los pocos poetas nuestros de principios de la República.

Mera, desde los trece años rindióse a la técnica de la versificación, para hacer poesía. Su obra, a partir de la **Virgen del Sol** y las **Melodías** se desarrolla, caudal y varia, desde esa leyenda y **Mazorra**, hasta el madrigal y la copla. Del canto grandilocuente a los héroes se resbala a la sátira social, de los rimados del hogar salta a la arenga métrica. Casi siempre en forma brillante y animada, sin el movimiento y primor que ilustraban la prosa del paisaje y del sentimental de la novela orientalista, su obra preferida. Poeta de vocación, la crítica severa dirá tal vez que no lo fué por la fuerza de la concepción, ni la influencia y espontaneidad de los medios de expresión. Pero, en la galería de poetas nacionales, ocupa tal vez sitio de preferencia por la limpieza del estilo, la técnica del verso, la nobleza del pensamiento y el calor y abundanca que desarrolló en casi todas sus efusiones líricas. La nota erótica muy rara, y casi siempre reducida a lo legendario, su preferencia iba al tema religioso, al cívico y heroico, a la disqusición semi-pedagógica, a la didáctica de moral y arte. Fácil, popular, al alcance de los sencillos y los menos doctos, sobre todo en los cantares y en las trovas romances e himnos. Todos los años, en los templos del Ecuador, en las aldeas, los cortijos, las capillas y los rincones de piedad del hogar, resuenan las armonías del poeta de María, en antifonarios, letrillas y cantares. ¿A quién no conmueve los ingenuos versos de su miserere en romance castellano?:

"Pequé, Señor, desde el fondo—de mi alma, una voz me grita..."

En esta vasta recopilación poética, la piedad, el patriotismo y sana alegría encontrarán simiente para nuevas siembras y recolecciones, y la selección recogerá muchas estrofas de antología.

Completa la suya nuestro Himno Nacional: algunas de sus estrofas poseen el movimiento y el ritmo de pasión de la alta poesía.

———

Y entró, a paso de marcha, en el campo de espinas de la crítica, después que en América la había ensayado Bello y en el Sur hacían las primeras armas J. M. Gutiérrez y los hermanos Amunáteguis.

Mera, a riesgo de que los poetas traidos por él al banquillo del acusado, se vengaran, entregó valerosamente al viento nacional las cuartillas de la **Ojeada Crítica de la Poesía Ecuatoriana.**

El libro hizo luz de relámpago en el horizonte, impuso el criterio del buen gusto y predicó la buena nueva del arte. Con rara excepción, la mies de entonces apenas daba tema a la labor crítica: tan poca y pobre asomaba la gavilla amontonada en la era. La patria de Olmedo parecía indemnizar con el silencio, a los números ibéricos irritados por la gran invectiva lírica del cantor del Guayas.—García Goyena, muerto en Guatemala, no se incorporaba aún a la nacionalidad originaria, y Llona que por sí solo, aún en los ensayos, podía encumbrarse sobre todos los conterráneos, no daba a luz el secreto de su nacimiento...

La **Ojeada**, por ello, carece de amenidad e interés, por tratarse de crítica y clínica de casos generalmente infelices de patología poética. La vara, además, se aplica con aspereza y la censura sigue en parte el cauce conocido—el de Gómez Hermosilla—atenuado por discreción y alguna cortesanía.

Lo que sobresale en aquella ardua empresa es el evangelio de la nacionalización literaria, ampliado después en hermosas cartas a Valera y a otros literatos. Fué la preocupación de Mera hasta morir. Que nuestro continente importe material enorme para las letras, a partir del paisaje y de la prehistoria, hasta los sucesos de actualidad, las costumbres, la vida doméstica, las perspectivas del porvenir, del esperado grandioso destino de la Raza y de América, sus encumbramientos y caídas, los héroes, los mártires, la masa aborigen y su redención... tántos problemas, aspectos y sorpresas, para utilizarlos en el arte, en la sociología, en la historia...

El esteta, el crítico, el humanista entonces laboraba casi solo en defensa de la originalidad. Su voz perdióse en la algarabía de los imitadores y de literaturas de trasplante, para ser oída después, y rotundamente, ahora.

———

Poeta, novelista, crítico, apologista... ¿No es bastante a la actividad de un autor solitario, maestro y émulo de sí mismo, en época de casi silencio y vacuidad infecunda?

Más aún, pontificó de pensador y filósofo, dándose cuenta de los motivos de su creencia y su saber, según el sentir tradicional, más ajustado a la novedad del momento y al imperativo de la propia observación. Ejemplar de sanidad de pensamiento y de normalidad cordial, para radicar en la misión de Cristo la clave de la Ciencia y de la Historia, culminando en la síntesis inquebrantable, como la túnica del Justo de Israel, sin costura ni doblez.

En folletos, ensayos, correspondencias, en inmensa faena periodística y epistolar, en las luchas parlamentarias, en la charla diaria, se hizo la propaganda más densa, casi apostólica de este sacerdote laico, que tradujo a la República el Evangelio, con tal nitidez de comprensión y fervor de conquista, que pocos, de entre los defensores de la doctrina, podrán igualarse con aquel creyente ilustrado y sincero que echaba en el surco de la polémica los argumentos al alcance de los menos doctos, en estilo límpido, sin sutileza ni disfraz literaio.

Con esta su campaña doctrinaria traba la política, más extensa aún, con bandera al frente y credo en los labios, sin mudanza ni flaqueza, la fe como antorcha en las tinieblas y la conciencia como regulador de la marcha.

Su filiación—la entonces llamada conservadora—la de García Moreno que avizoró con mirada aquilina los conflictos del futuro. Después, en los contrastes de nuevo teatro político, en el memorable año 1883, se ideó la concentración católica republicana, con el famoso programa que escribió Mera y se proclamó y prometió el mismo año, en frente de las escuelas liberales, que empezaban a definirse ya en el matiz anticatólico, que al cabo diferenció en definitiva a los dos partidos históricos.

Mera, dentro de la comunidad partidista, no por lealtad a ella, renunció, en varios detalles, al criterio privado, adherido por la corteza al tronco, al ideal republicano. Así se podrán advertir en él divergencias sobre puntos históricos, penalidad y caridad ciudadana, en oposición a ciertas afirmaciones de escritores y banderizos, rehacios a atenuaciones, prácticas y benevolencias en el contacto social.

La política de Mera no se ligó a las alturas del Poder, sino operó en la masa popular, en campaña de paz, de modificación de las costumbres, por la educación colectiva, desde la **Escuela Doméstica** hasta el Programa, y declaración de principios. Las violencias revolucionarias no entraban en el método del sociólogo cristiano. Acertadamente pensó que aún el sacrificio como parte de la impaciencia rebelde no da eficacia, ni pasa al porvenir. Recuérdese su admirable sentencia: "Los Curcios desaparecen, y los abismos quedan".

———

Entró con paso firme en la investigación histórica, y en la más espinosa y ardiente—la del tema contemporáneo; en la biografía, en la crónica reciente del hermoso movimiento cívico—la Restauración de 1883-1884, y por fin en la crítica histórica, para vindicar a García Moreno y dilucidar casos y circunstancias de las múltiples propuestas por el doctor Antonio Borrero Cortázar en su **Refutación** del libro memorable del Padre Berthe, "García Moreno, vindicador y mártir del Derecho **Cristiano**".

Mera franqueó, de esta suerte, todas

las puertas de la ilustración, en empuje y empresa de escritor y publicista, que supera a casi todos los de su tiempo en América, tanto como José Joaquín Ortiz en la Nueva Granada, sin exceptuar a Sarmiento y cediendo sólo al maestro Andrés Bello, aunque con más valentía marcial que este eminente y reposado polígrafo.

Para llegar al alma popular, no empleó el primor literario, ni la erudición no asimilable, sino fluyendo en oraciones, discursos, cuadernos y folletos, abrióse camino en todas las sendas nacionales.

No tocó los límites del genio ni se encumbró a las estrellas de la celebridad, limpiando y fijando el primor estilístico, ni entregándose a la volubilidad del pensamiento, para estallar en fatuidad de luz y fuego, que deslumbran y se apagan. En el sitio firme de su temperamento, orientóse en todas las disciplinas del espíritu, en ética y estética, de suerte que su conducta respondiese a un móvil único: el de la ruta de la inmortalidad. Pudo hacer concesiones a la vanidad del siglo, para venderse a una fama mentirosa. Mas, rescató su alma de todas las tentaciones de la vanagloria. Nunca volvió atrás la mirada, para advertir el bullicio del séquito y del aplauso, sino siguió adelante, hacia el término señalado por raya de lumbre—la senda estrecha de la virtud, cuyo negocio no se liquida aquí, sino en la verdadera existencia, cuyo breve proceso comienza en el tiempo para completarse en el que no se cuenta ni se divide, porque es uno y eterno

Añadid a tantas ejecutorias las belleza de la acción, por la que este hombre modesto e intachable prevaleció. Envidiable destino del que hizo de la vida obra maestra. Patriarca de su región, padre y esposo según tipo castellano de creyente y caballero, enalteció el trabajo manual con las mismas nobilísimas fuerzas con que se adiestró en la pluma. Educó a su familia, y dejó las mies copiosa de honrada descendencia, en que se prolongó su espíritu cristiano, su numen poético, sus virtudes domésticas y ciudadanas.

Montalvo dijo de sí: toda la vida se me ha refugiado en el cerebro. Del alma de Mera se puede decir que arraigó en su corazón... Hombre bueno, enamorado de la verdad, celoso de las sanas costumbres, humilde y por ello grande: sus obras la recopilará el ingrato Ecuador cuando se eduque en la gratitud y se estremezca a la seducción de la gloria.

Entre tanto, los que conocimos al egregio varón y recibimos su consejo en la intimidad y en la efusión epistolar, los que le debemos la enseñanza del ejemplo y la seducción de la pluma y de la palabra; sinceramente, con rendición de culto a la probidad y al talento, nos inclinamos reverentes ante los cien años pasados ya sobre la cuna de uno de los patriotas más eminentes del Ecuador, propagandista del americanismo en los años de más densa sombra, y obrero del alto progreso intelectual y moral en toda su extensión, desde el jardín interior hasta la tribuna, con la pica de descubridor y la órfica lira, en el sillón del magisterio y en el escaño del santuario; hombre cabal, que todo se lo debió al prodigio de la voluntad y al auxilio del Cielo, en el que siempre encontró la estrella conductora de su peregrinación.

El Ecuador, en su primera centuria de vida libre, le señalará el sitial de Maestro-maestro de cultura de la Nación.

Remigio Crespo Toral

Cuenca, Junio de 1932.

Acerca de los números mixtos

(Concluye.—Véase le entrega anterior)

Está bien que se diga que un número mixto es una cantidad y que no debemos confundirlo con una suma de cantidades que se proyecta sino que está hecha y cuyo resultado es justamente el número mixto del caso; pero ello se subsanaría si escribiésemos el signo -|- (más) del número mixto—el que separa el entero de la fracción—más pequeño que el correspondiente a la suma de varios mixtos; es decir que si se trata de escribir la suma de los tres números mixtos

$2+3/4$, $7+1/5$ y $1+2/3$ se haría así: $2+3/4 + 7+1/5 + 1+2/3$.

El único argumento que parece razonable, aunque por sí sólo no parece suficiente para defender la tesis del señor Alvarado, es el de que "El número mixto se caracteriza precisamente porque tiene la propiedad de formar **un solo término** que contiene partes enteras y fraccionarias". Sin embargo oigamos a uno de los sabios matemáticos de la luminosa Francia contradiciendo, en cierto modo eso: "Cuando una fracción es mayor que 1—es decir cuando el numerador es mayor que el denominador—se la puede considerar como la suma—afirma Jules Tannery—de un número entero natural dice el texto francés) y de una fracción propiamente dicha (es decir menor que 1) teniendo el mismo denominador que la fracción propuesta" (1).

Pero a cambio de ese único aceptable argumento del colega Alvarado le doy, además de los dichos antes, los que enseguida expongo y que el culto alumno de la recordada Alma Mater tendrá que dar por buenos.

La barra horizontal que separa los términos de un número fraccionario tiene el carácter de paréntesis; buena prueba de este aserto es que cuando una fracción—cuyo numerador está formado por varios términos enlazados por los signos -|- o — (más o menos)—está precedida por el signo —(menos), todos los términos del numerador deben cambiar sus signos al efectuarse la resta así:

$$3 - \frac{7*4-2}{9} = 3 - \frac{7}{9} - \frac{4}{9} \times \frac{2}{9} = 2;$$

(2) Jules Tannery, Notions de Mathematiques, pág. 13.

si esa barra horizontal tiene carácter de paréntesis, y si una expresión matemática encerrada en un paréntesis y precedida por una cantidad no está separada de ella por signo alguno e indica, por consiguiente, multiplicación de la dicha expresión matemática por la referida cantidad, lógico será que en una expresión idéntica como en $2\ ^3/_5$ signifique el producto $2 \times ^3/_5$.

Al escribir los niños de los primeros años de la escuela primaria—que casi todo lo hacen mal—incurren en ciertos defectos de escritura; y como los quebrados o fracciones se tratan en esos primeros años, o por lo menos allí se inician—y no deben las cosas iniciarse erradamente—es frecuente que el entero lo escriban del mismo tamaño que el numerador del quebrado y a la misma altura, es decir a la par; por ejemplo, al tratarde escribir 2 y $^3/_5$ en la forma defendida por mi estimado contrincante, la mayoría de los escolares escribirán 2 3/5 en vez de lo correcto que es $2\ ^3/_5$ según el señor Alvarado y según mi modo de pensar 2-|-$^3/_5$/5; eso resulta sumamente ambiguo ya que puede perfectamente confundirse con el quebrado 23/5; y todavía más: dado que muchos alumnos no ven en ello más peligro que contrariar al maestro y no el de incurrir en un error que luego será causa de no pocas molestias en su vida, descuidadamente harán la barra horizontal del quebrado más larga de lo normal y abrazarán con ella el entero escribiendo en vez del mixto propuesto el quebrado 23/5: ahora bien: dando por sentado que los niños incurriesen en esos defectos de escritura que aunque son de forma, afectan también el fondo de la teoría, el peligro sería menor—tal vez casi nulo—si dichos números se escribiesen en la forma por mí defendida ya que la barra horizontal separatoria de los términos del quebrado generalmente cubriría el numerador del quebrado y el signo -|- (más) únicamente, y sólo en rarísimos casos—los de aquellos alumnos sumamente descuidados o distraídos—abrazarían el entero, el signo -|- (más) y el numerador dicho, es decir que en el caso antes propuesto la generalidad de los descuidados escribiría $2 + \frac{3}{5}$ y sólo en muy excepcionales casos incurrirían en la errónea forma de poner $\frac{2 * 3}{5}$. ; y como desgraciadamente la falta de cuidado y atención que los educandos ponen en esas cosas así como el escaso interés que los maestros en muchas ocasiones prestan a esos detalles, que juzgan casi inútiles, es mal frecuente de nuestra enseñanza, los errores serían más copiosos con la escritura clásica de dichos números mixtos que con la que combate el señor Alvarado.

Con respecto a la necesidad del uso de paréntesis al indicar ciertas operaciones—las distintas a la suma—si los números mixtos se escribiesen en la forma impugnada por mi estimado contrincante y defendida por mí, estimo que de ello se derivaría una valiosa ventaja: ir adiestrando a los niños en el uso y manejo de paréntesis tan usados en Algebra—y que también se emplean en Aritmética—y la de evitar los errores que señalé

en los artículos a que hace referencia el amigo Alvarado con el epígrafe de "No uso de paréntesis para indicar ciertas operaciones" y de que habla también él en el artículo suyo que contesto con éste.

¿Y no desearía el culto colega con quien discuto que estas ciencias—la Aritmética y el Algebra—armonizaran sus métodos, sus formas, para que la misma técnica de la una fuese la de la otra? No ve el señor Alvarado que los números que en Algebra son semejantes por su forma a los mixtos de la Aritmética se escriben de diferente manera y eso no debe ser así tratándose de cosas que en la forma y en el fondo son idénticas? ¿No le parece que ya que las expresiones algebraicas $a\,b/c$ y $a + b/c$ son diferentes en el fondo—la primera es un producto y la segunda una suma—las expresiones aritméticas $4\,{}^{2}/_{3}$ y $4 + {}^{2}/_{3}$, equivalentes a aquéllas, deben ser diferentes también? Convendrá conmigo el joven maestro en que eso de la riqueza de palabras de nuestra lengua, que tiene multitud de vocablos para expresar una idea y que en el idioma resulta ser un motivo de belleza y de necesidad literaria extraordinarias, en la ciencia sólo produce complicación y oscuridad, máxime—como es el caso que nos ocupa—cuando difiere sustancialmente del lenguaje de otra ciencia idéntica; y no parece ser buena divisa de quien cultiva la ciencia tender a erizarla de dificultades; yo diría más: si en rigor de la Aritmética elemental al Algebra no hay paso que dar, no hay puente que las separe, sino que entre una y otra hay una perfecta continuidad, porque son dos ciencias que más parecen una sola—la de la cantidad—. ¿Por qué tienen diferencias que no es fácil justificar? Porque a decir verdad cuando nosotros escribimos, al tratar los problemas de interés simple,

$$i = crt$$

al hacer Aritmética en la escuela primaria, estamos—al parecer—haciendo Algebra; y cuando, al calcular un término extremo de una proporción; ponemos:

$$2 : 8 :: 3 : x$$

también trabajamos en Aritmética y usamos una letra para indicar una cantidad desconocida, la misma que generalmente usan en Algebra los profesores en los Colegios de Enseñanza Secundaria cuando representan una incógnita; con razón dos cultos profesores han dicho: "Además de las cifras, la Aritmética — dicen los doctores Tafelmacher y Poenisch— se sirve también de las letras para denotar los números" (1) ; y ellos mismos, en otro lugar, definen la Aritmética como "El estudio de los números y de sus combinaciones" (2) ..."y el Algebra como "...la ciencia de los números" (3); fácilmente se comprende que los distinguidos tratadistas citados han querido significar con dichas definiciones que el Algebra — ciencia de los números — comprende a la Aritmética—estudio de los números—ya que la palabra ciencia abarca una mayor extensión que la palabra estudio y la comprende.

Sería complicar demasiado la ciencia pretender que en ramas tan idénticas como las que venimos comparando hubiera necesidad de aprender para cada una de ellas un lenguaje, una escritura, una terminología especial. ¿No estima el señor Alvarado que, dada la amplitud de la ciencia moderna debemos tender a su unificación a su uniformidad en todo lo que sea posible? ¿No le parece que esa unificación, esa unidad de la ciencia significaría una economía para su estudio? ¿Qué diría si yo—parodiando esa idea de la uniformidad de la ciencia—pretendiera que todos los idiomas se escribiesen con los caracteres latinos y que la pronunciación de cada letra y de cada combinación de letras fuese la misma en inglés que en alemán y en italiano? ¿Fuese igual en el castellano que en el francés y en el chino? Seguro estoy que no atacaría esa idea y quizá me felicitaría por tan plausible como irrealizable ocurrencia. ¿Cómo entonces piensa de manera diametralmente opuesta en el campo matemático? ¿Será un apego a la ciencia oficial? ¿Será un fanatismo por las cosas consagradas por el uso sin más razón que la costumbre? Sabemos que no es eso porque conocemos al amigo y colega que vivió sus mejores años aprendiendo las virtudes intelectuales del gran Omar Dengo en la recordada Escuela Normal de Costa Rica, quien jamás tuvo por definitivo ni por estable nada cuya firmeza no se apoyase en la razón y en la lógica; entonces, ¿qué será? El lo sabe y ojalá él lo revele a los lectores de "El Maestro" con la misma franqueza y valentía con que se ha referido a mis pobres y humildes artículos de Matemáticas, que otros, que no tienen la aptitud que este Maurilio Alvarado V., censuran a la sombra como miserables roedores temerosos de que estas menudencias científicas puestas en letras de molde puedan empequeñecer un poco sus altas personalidades de cartón hechas al amparo, muchas veces, de la politiquería y del servilismo nada más.

Quiero finalizar con un pensamiento del gran pedagogo Montaigne: "Hemos venido al mundo sólo para perseguir la verdad; el poseerla corresponde a más alto poder", pensamiento que es como un estímulo para quienes amen la ciencia por la ciencia misma.

Vital Murillo

(1) Dr. Augusto Tafelmacher y Dr. Ricardo Poenisch: Elementos de Matemáticas, tomo tercero, Algebra correspondiente al 3.º y 4.º Años de Humanidades, pág. 3.

(2) Dr. Augusto Tafelmacher y Dr. Ricardo Poenisch: obra citada, pág. 3.

(3) Dr. Augusto Tafelmacher y Dr. Ricardo Poenisch, obra citada, pág. 5.

Florezcan estas palabras en memoria de Piero Pillepich, bibliotecario cívico de Fiume, Italia, y crítico literario que juzgó a los escritores hispanoamericanos con simpatía y competencia. Por eso lo recordamos ahora, cuando nos llega el anuncio de que falleció en Fiume en la mañana del 23 de setiembre del año en curso.

La esposa, los hijos y los otros seres amados, y resignados, dicen en el pliego luctuoso que esperan volverle a ver en el Cielo y piden para su bella alma las plegarias de los buenos.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Cromos, cuentos de Carlos Jinesta. Imprenta Alsina. San José de Costa Rica, 1932.

Digamos: Cosa delicada. El título la define y a un tiempo la limita: *Cromos*.
Cuidada la prosa (Lecturas de Montalvo?).
Señalemos: *Toreros del Azul, La revelación que mató a Pablo, La muñeca de Nesda, El fundidor de campanas.*

El editor Ml. Gleizer, de Buenos Aires, ha iniciado una «Colección de nuevos escritores argentinos» con esta interesante obra de Jorge Luis Borges: *Discusión*.

En la Biblioteca «Estudios» (Aptdo. 158, Valencia, España), ha salido:

J. A. Macdonald: *La desocupación y la maquinaria.*

De Ardoino Martini (Corrientes 437, Rosario, Rep. Argentina):

La Personalidad de Goethe. Tres conferencias pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Rosario, Rep. Argentina.

Recomendamos:

Germán Arciniegas: *La Universidad Colombiana.* Imp. Nacional, Bogotá. 1932. Proyecto de ley y exposición de motivos.
Saúl Taborda: *Investigaciones pedagógicas.* I. Edición y envío de la Universidad Nacional de Córdoba, (Casilla Correo N.º 11).
Amable E. Salvador: *Lecciones elementales de Física experimental.* Tomo I. Quito, Ecuador.
C. Villalobos Domínguez: *Bases y métodos para la apropiación social de la tierra.* Buenos Aires. 1932.

De Caridad Bravo Adams:

Reverberación. Poesías. En la Editorial «Elite». Caracas, 1931.

De las publicaciones «Edeya», (Aptdo. de Correos 1149. Barcelona, España):

Máximo Gorki: *Yo*, con la fuerza obrera de la cultura, etc.
J. Büchner: *Contra la provocación y el espionaje.*

De M. Edouard Clavery (24, Avenue Gallieni. Le Visinet (S. y O.):

Trois Precurseurs de l'Independance des Democraties Sud-Americaines. Miranda (1756-1816), Nariño (1765-1823), Espejo (1747-1795). Paris. 1932.

Casto Fulgencio López ha sacado por la Editorial «Elite» de Caracas (1932), un libro de cuentos y crónicas titulado: *Pajaritas de papel.*

Con el autor: P. O. Box N.º 13. Caracas, Venezuela.

Folletos recientes de «Ediciones Frente Unico», Apartado 993, Madrid:

Hacia la unidad de lucha de clase. Plataforma de acción de los partidos de Unión Sindical.
M. Adame: *¿Qué es el bloque obrero y campesino?*
S. Chernomordik: *Los bolcheviques ante los jueces.*

En Santiago de Chile y en 1932: *Bases para una Constitución funcional*, por Oscar Alvarez Andrews.

Espasa-Calpe, S. A., Madrid, acaba de editar una nueva novela de Ramón Gómez de la Serna: *Policéfalo y señora.*

Traducida por Andrés Piedra-Bueno, ha salido en la Habana (1932), el poema *Maceo*, por Eliezer Aronowsky.

Con el autor: Habana 18§, altos. La Habana, Cuba.

Narrada a los jóvenes, ha sacado B. González Arrili, la vida del General *San Martín.* Con ilustraciones de F. de Myrbach.

La saca la Editorial Araluce (Cortes, 392. Barcelona, España). En la serie «Los grandes hechos de los grandes hombres».

La *Memoria* del Ministerio de Educación Nacional de Colombia, presentada al Congreso de 1932, por don Juan Carrizosa Valenzuela, contiene en las páginas 8 a 16, el *Informe* del Dr. Agustín Nieto Caballero, Inspector Nacional de Instrucción Pública y Normalista.

Muy interesante. En parte lo sacaremos en nuestra sección *Qué hora es...?*

Del señor S. Mesa Merlano, Secretario de Gobierno, Cartagena, Colombia: *Memoria* presentada al Sr. don J. M. de la Espriella, Gobernador del Depto. 1932.

Con el último correo:

Armand Godoy: *Las Letanías de la Virgen.* Trad. y prólogo de E. Avilés Ramírez. Madrid, 1932.
Miguel Angel Menéndez: *Otro Libro.* Poemas. México, 1932.

Juan Antonio Corretjer (Aptdo. 59. San Juan de Puerto Rico): *Agueibana.* (Poemas criollos). Puerto Rico, 1932.

Alfonso Reyes, acaba de sacar en preciosa edición de las oficinas gráficas de Villas Boas & Cía., de Río Janeiro, este libro:

Horas de Burgos. Río Janeiro, 1932.
Ya nos ponemos a leerlo con curiosidad y simpatía.

Otro libro interesante de Germán Arciniegas, en Bogotá, Colombia:

El Estudiante de la Mesa Redonda. Madrid, 1932.

La Editorial Nascimento, de Santiago de Chile, acaba de sacar la 2.ª edición de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Pablo Neruda.

Una revista nueva.—«Indice Literario», publicado en «Archivos de Literatura Contemporánea», que edita el Centro de Estudios Históricos en Madrid (año I, número 1, junio de 1932). Está dedicada la revista a la producción literaria del mes, de la cual da cuenta sucintamente reseñando las obras de carácter literario que vayan apareciendo y extractando o copiando en parte las críticas que en periódicos y otras revistas se publiquen. Los «Archivos» estarán formados por esta publicación y otra paralela titulada «Cuadernos monográficos», que, como indica su nombre, estarán dedicados a un autor solamente, con selecciones de sus obras y estudios críticos, biográficos o bibliográficos, salvando así del olvido, que es su pérdida definitiva, gran número de pequeñas notas relativas a nuestras primeras figuras literarias, que hoy, y en vida de ellos, es fácil recopilar y captar en estas páginas, escritas acaso más para lo futuro que para hoy, y que de otra forma o pasarían desapercibidos para los no íntimos o, al cabo de algún tiempo, aún para éstos serían como cosa no ocurrida.

En este primer fascículo de «Indice literario» aparecen registradas y reseñadas obras de casi todos los escritores de ahora: Onís, Baroja, Alvarez Quintero, Arniches, Teófilo Ortega, Gerardo Diego, Marquina, Pedro Mata, Salaverría, Fernández Almagro, etc.

Se publicarán al año diez cuadernos, uno para cada mes, excepto los de julio y septiembre, y el precio de suscripción anunciado es de diez pesetas para España y doce para el extranjero.—(*Luz.* Madrid).

P.—¿Hay alguna Historia Universal que prescinda del elemento puramente narrativo y dé más importancia que a éste al cultural, industrial y artístico, y que al mismo tiempo no sea ni muy extensa ni muy cara?

R.—En la misma editorial Espasa-Calpe a que Ud. se refiere en su carta para otro asunto relacionado con éste, se ha editado una que creemos llenará sus deseos: la «Breve historia del mundo», por Wells, de la que hay otra edición resumida en un pequeño volumen.—(*Luz*, Madrid).

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.



EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

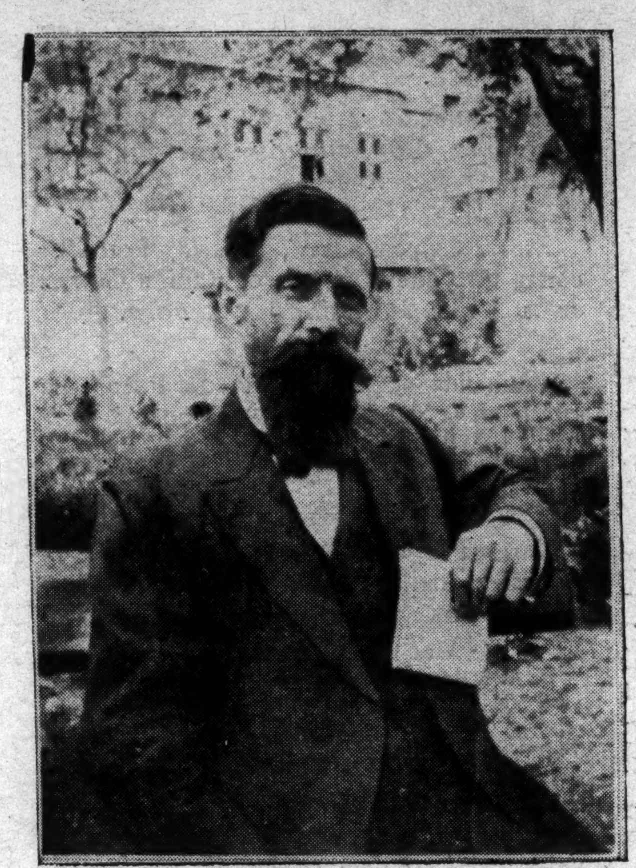
Suscrición mensual, ¢2.00
EXTERIOR: {El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Apuntes sobre Decroly y su método

= Leídos en la asamblea de los alumnos de la Escuela Normal en homenaje al Dr. Ovidio Decroly, con motivo de su reciente y sentida muerte. Lunes, 24 de octubre de 1932. *Envío de la autora.* Heredia =



Dr. Decroly,
reformador de la escuela belga

Mi labor solamente en muy pequeña parte ha sido realizada dentro del método Decroly. El tener que ajustarse a la organización oficial de la enseñanza con un programa sin unidad y sin base psicológica impide verificar plenamente el ensayo de un método nuevo basado en principios pedagógicos fundamentales. En mi escuela se viene haciendo desde hace algún tiempo la aplicación del método a la enseñanza de la lectura y la escritura y este año se ha hecho, abriendo algunos paréntesis a las exigencias del programa, el desarrollo de unos pocos centros de interés. Pero estamos muy lejos de la escuela decrolyana. Para realizarla necesitaríamos acondicionar el edificio, transformar los pupitres, el material y en general el ambiente escolar, hacer el estudio psicológico de nuestros niños, clasificarlos científicamente y limitar su número y sobre todo, prepararnos muy bien los maestros en la nueva pedagogía. La escuela del Dr. Decroly en Bruselas es de un tipo muy distinto aun de las mejores nuestras: una casa sencilla, más hogar que escuela con jardín, huerta, animales, comedor, taller, material abundante para juegos y estudios preparado en gran parte por los mismos alumnos. El aprendizaje es activo y gira siempre alrededor de un eje, una razón: el niño. La maestra habla poco: ella es la colaboradora, la que ayuda, la que contesta. No da lecciones para que el alumno repita; lo coloca en condiciones de aprender por sí mismo aquello que le es necesario y que le interesa. No le importa tanto el "cuánto" enseña sino el "como" el niño aprende.

El Dr. Decroly afirma que la escuela vieja ha fracasado porque ella no ha cumplido su función de mejorar la conducta y las relaciones humanas. La guerra y la falta de acuerdo y concordia entre los pueblos demuestran la inutilidad y quizá el daño de las viejas normas escolares. En Bélgica, país de los más cultos del mundo, las estadísticas le revelan al Dr. Decroly que solamente el 15% de los niños que cursan la escuela primaria sacan provecho de ella, los demás no sacan provecho y a muchos los perjudica. Demostración indiscutible de que la escuela no está hecha según los intereses de los niños. Dice el educador: "Si queremos renovar la humanidad renovemos antes la escuela". Y él organiza la suya con el lema: "Escuela por la vida y para la vida". Elabora un programa después de realizar un serio estudio psicológico del niño y teniendo en cuenta las necesidades sociales. Se pregunta: "Qué es lo que un niño del mundo no debe ignorar" y "¿Qué conocimientos atraen más a los niños?" "Lo primero, dice, es que el niño se conozca a sí mismo y luego conozca su medio y, por ampliación progresiva del círculo de su experiencia, el mundo en que vive". Con este punto de vista, Decroly engloba en grandes síntesis las principales actividades humanas alrededor de las cuales agrupa los conocimientos. Ellas son las necesidades primordiales del hombre: el alimento, el abrigo, la defensa contra los peligros, el trabajo. Todas las materias posibles concurren a la adquisición del conocimiento, al contrario de la dispersión y desmembramiento de los viejos programas la labor es de concentración, de profundidad.

Decroly presenta una adecuada organización de la materia y rompe con la tradicional forma de horarios y la clasificación en asignaturas. De acuerdo con el proceso natural de adquisición del conocimiento por la mente del niño, determina tres etapas de trabajo: observación, asociación y expresión. La observación se verifica poniendo al niño en contacto con los seres, con las cosas, es decir colocándolo dentro de la naturaleza, de la vida. La asociación es el establecer relaciones en el espacio (aquí la geografía) y en el tiempo (aquí la historia); relaciones de utilidad (la higiene, la industria, y relaciones de causa a efecto o sea la investigación del "por qué" de los fenómenos. En la tercera etapa el niño expresa en forma de lenguaje hablado o escrito, de juegos motores, de dibujo o de trabajo manual. Estos tres momentos del proceso del conocimiento no se aislan—se usan coordinados o simultáneos. Para mejor explicar este método de trabajo me voy a permitir presentarles al final muy someramente un centro de interés que se desarrollará en mi grado esta semana bajo la dirección de la Srta. Lía Murillo. El centro ha sido tomado de la parte correspondiente al primer grado en los programas de don Roberto Brenes Mesén. En este programa, pueden Uds. encontrar esbozados, centros de interés, muy semejantes a los que Decroly señala. El admirado educador belga basa su programa en las principales necesidades humanas y considera como fin ulterior de la educación el de mejorar la humanidad. Nótese la semejanza de principios en estas palabras en que don Roberto explica los propósitos de su trabajo: "Se hacen resaltar en primer término las actividades y relaciones humanas, así de la vida del hogar como de la comunidad, para ennoblecer a los ojos de las nuevas generaciones esta superior profesión universal: la de ser hombres, conducirse humanamente e interesarse por todo cuanto al hombre pertenece".

Para finalizar quiero recordar unas palabras del Dr. Decroly que se sustentan en su propia vida nobilísima y fecunda. Decía, admirando a los americanos, a la vez, prácticos e idealistas: "Los elementos del éxito son: un fin elevado pero asequible y el empleo sistemático de los medios para alcanzarle" y estas otras, muy hermosas, que por tener derecho a decirlas, bien vale el empleo noble de una vida: "Siento una profunda alegría al ver que puedo realizar un trozo del sueño que yo he acariciado toda mi vida: el de contribuir al advenimiento de una concepción más alta de la educación y de las relaciones de los pueblos entre sí".

Seguramente se iluminó su frente al decir estas palabras, su frente que tanto se inclinó hacia los pequeños y recordemos también que como un padre fué para los niños desgraciados de Bélgica.

Emma Gamboa

Imprenta LA TRIBUNA